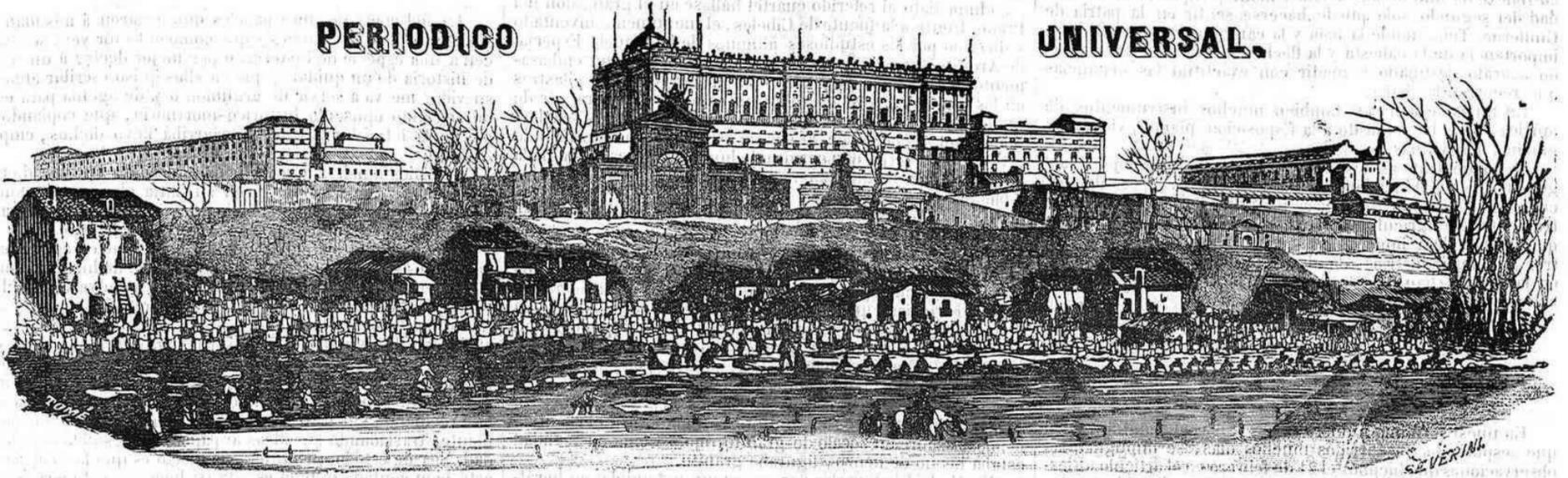


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 12.—SÁBADO 20 DE MARZO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

Entrega de una espada de honor al duque de Montpensier.

El día 9 del corriente recibió S. A. el señor duque de Montpensier el nombramiento de caballero maestrante de la Real de Valencia, con cuyo objeto acudieron al palacio que habitan SS. AA., el señor teniente de hermano mayor de dicho cuerpo marqués de Villorres, el Excmo. é Ilmo. señor arzobispo capellan honorario del cuerpo, y los caballeros conde de Rotova, marqués de Montortal, D. José Ossét, marqués de la Romana, D. José Mayans, conde de Creixell, D. Juan Castillo y Fernandez, marqués de Mirasol, conde de Ripalda, D. Mariano Mazarredo, D. Antonio María Ferrer de Plegamans, vizconde de Benaesa y D. José Fita y Jordá.

El teniente entregó á S. A. el título, una espada y el libro de las ordenanzas.

Estos objetos son de mucho gusto: la espada, que representa el dibujo que acompaña este artículo, es de plata cincelada; lleva de realce las armas de la Maestranza en la cazoleta, y toda la empuñadura está muy bien grabada. La hoja es de Toledo, embutida de oro. Es obra de D. Bernardo Nicolás, acreditado platero, discípulo de aquella Academia de Bellas Artes, y premiado por la misma.

El título está manuscrito con suma delicadeza y apurada ejecución, por D. Miguel Preciado, uno de los pendolistas mas sobresalientes. Está cubierto con unas tapas de terciopelo carmesí con adornos de plata, y en el centro lleva un gran escudo con las armas del cuerpo, todo del mismo metal, y trabajado por el mismo artista, así como también el libro de las ordenanzas, que es enteramente igual en adornos y escudos al anterior.

S. A. se mostró tan complacido, que dijo iba á hacerse el uniforme; pero los maestrantes le rogaron que les permitiese regalárselo, lo que se dignó aceptar, despidiéndose muy satisfechos de la benevolencia del príncipe, después de haber tenido el honor de besar la mano á S. A. la Serma. señora Infanta.

ESPOSICION DE LONDRES.

HOLANDA.

Bajo el punto de vista local, ha sido poco atendida la Holanda en la Exposicion Universal, supuesto que no se ha concedido mas que una galería estrecha á esta potencia tan comerciante, tan colonizadora, á la reina del archipiélago Indiano, á la antigua rival marítima de la Inglaterra, que todavía parece celosa de la pasada grandeza de un país, al cual arrancó el cabo de Buena Esperanza, y quisiera poder arrojar de la isla de Java.

M. Hope, rico banquero holandés, espuso, en la entrada del pequeño departamento de su nacion, un magnífico surtido de piedras preciosas, que disputan al *Ko-inor* la admiracion de los inteligentes.

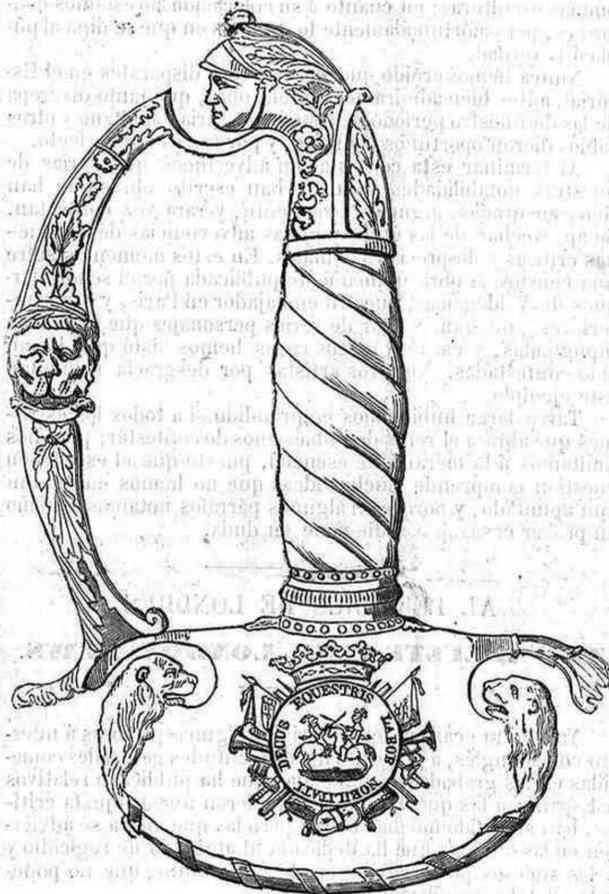
Al lado de estas riquísimas muestras cautivaban las miradas otras no menos hermosas de platería neerlandesa: consistian en cuatro elegantes copas de diferentes estilos.

La industria especial de la Holanda, en sus diversos géneros, se veía representada por finísimas telas adamacadas, aunque en pequeño número, por algunos terciopelos, paños, y bellísimas mantas. Hubiéramos deseado poder estudiar aquí los variados artículos que forman la base de las grandes exportaciones del comercio neerlandés, pero la escasez de sus muestras no nos lo permite.

Han llamado mucho la atencion su curiosa exposicion de campanas, algunos candelabros de bronce y de cristal perfectamente trabajados, un biombo, una mesa de laca imitando á las de la China, varias muestras de espartería, un refinador de azúcar, y otros aparatos de indisputable mérito.

En cuanto á los productos químicos, gelatinas y algunas producciones, en bruto, debemos confesar que son objetos muy insignificantes.

En desquite espuso la Holanda en una de las galerías del norte algunos modelos, sábila y artísticamente combinados, de locomotivas, de puentes y de rodillos. También han gustado mucho sus cristales, sus modelos de buques, y un dinamóme-



tro de Leyde, que sirve para calcular la resistencia de las carretas de carga.

También debemos mencionar un regulador de relojes, un reloj astronómico, un cuadrante solar ecuatorial y una máquina de nivelar.

Por esta reseña puede sacarse la consecuencia de que los productos holandeses han representado un papel mezquino en el Palacio de Cristal. Falta todavía y faltará por mucho tiempo la industria de la Bélgica á este pequeño reino, que ocupa, merced á la actividad y energía de sus habitantes, así como á su marina y á sus colonias, un puesto tan distinguido en Europa; y el comercio belga por su parte, ¿no tiene motivos de sentir haberse alejado del movimiento marítimo de un país, cuya colonia de Java, la única que en la isla posee, presenta una cifra anual de cerca de doscientos millones en importacion y exportacion?

SUIZA.

Ocupémonos de sus cantones. Las salas principales que ocupó en la Exposicion estaban entapizadas con grandes piezas de muselina bordada para cortinajes. Este país sobresale



especialmente en este género, que proporciona la subsistencia á un número considerable de trabajadores, quienes se dedican al bordado en muselinas y tules, para vender sus obras á precios sumamente moderados.

San Quintin no puede competir en baratura con la Suiza, que á la verdad no produce géneros tan finos ni perfectos como aquella ciudad, aunque algunos de sus fabricantes, por ejemplo, M. Banziger, de Saint-Gall, procuran imitar sus ricos tejidos de cortas dimensiones.

La industria algodonera ha hecho por lo demás grandes progresos en muchos cantones de quince años á esta parte. M. Ziegler, de Vintherthur, ha espuesto muy buenas telas de colores. Las indianas de MM. Bovet, hábiles estampadores de Neuchatel, pueden rivalizar con las de Mulhouse. En cuanto á las indianas superiores, la Francia pretende ser superior no solo á la Suiza, sino á todos los países del globo. Las muselinas y los estampados finos de M. Blumer nada tienen de notable, á escepcion de los precios.

MM. Banzer y Kolp, de Ebnat, espusieron pañuelos comunes, y M. Matias Nell, algodones que imitan á los de Santa María.

Todas las variedades de tejidos de algodón se han visto profusa, ya que no brillantemente representadas en Hyde-Park: esos mismos tejidos se encuentran en los países mas lejanos, en Oriente, en la América del Sur, formando concurrencia activa con los ingleses, franceses y americanos. Esto consiste en que, á pesar de la distancia de los puertos de mar, de los cuales recibe la Suiza sus algodones en rama, á pesar de la carestía de las materias de tinte y del hierro, que también le llegan de muy lejos, produce todo con pocos gastos, por la abundancia de su fuerza motriz hidráulica, por el bajo precio de los jornales, y por la franquicia concedida á la introduccion de las primeras materias.

Otra sala de la Suiza estaba dedicada á la industria de sedería, en la que este país ha realizado también mejoras de grande importancia.

Los magníficos gros de Nápoles y los satinés de Zurich merecen llamar la atencion de Lyon, así como las preciosas cintas de Arau y de Bale pueden ser una nueva causa de emulacion para la fábrica de Saint-Etienne.

La sarga negra de los mencionados puntos es asimismo muy celebrada por su excelente calidad.

La relojería suiza, esta rama tercera, tan importante de la industria nacional, ostentaba sus maravillas en una de las galerías superiores del sur, delante de la Exposicion leonesa.

Génova se distingue por la bondad y bajo precio de sus máquinas, así como por la perfeccion de su trabajo. Nadie ignora que la relojería suiza ha adquirido una superioridad justísima en todas partes, y que sus precios moderados le permiten enviar sus productos hasta Canton, donde la casa Bovet, de Neuchatel, posee un establecimiento que realiza grandes negocios. Lo mismo acontece á Génova en los mercados de la América del Sur.

La relojería de Génova patentiza lo que puede hacer la division del trabajo estensamente practicada. Todo el talento, toda la existencia de un operario se consagran á la confeccion de una parte casi imperceptible del rodaje ó del movimiento de un reloj. De aquí se sigue una simplificacion, un conjunto y una perfeccion, imposibles de conseguir con otro sistema. Las facultades y la emulacion incansable del maestro y del oficial, se dirigen á un solo objeto. Privado en aquel clima riguroso de la mayor parte de los placeres y distracciones que rodean á sus iguales en otros países, el relojero suizo se entrega enteramente á su oficio, que es el único móvil de su ambicion.

Entre los relojes de Génova se observan muchos adornos con retratos y hermosas pinturas esmaltadas.

Al lado de esta industria se espusieron también muestras de otra bastante curiosa, que consiste en cintas para sombreros, cordones y encajes de paja, de una finura y elegancia notables. Las trenzas de junco y toda clase de obras de paja, como petacas y sombreros, se confeccionan allí con una perfeccion asombrosa, que nada tiene que envidiar á los trabajos de Manila: muchos que se dicen fabricados en las islas Filipinas son real y verdaderamente suizos.

No dejaremos de hablar de la galería de este país, sin pagar un tributo justísimo de elogios á sus magníficos estudios de matemáticas. Arau es la poblacion que mas sobresale en esta industria.

También ha espuesto la Suiza dos instrumentos, que

pueden llamarse con verdad instrumentos de precision. Es el primero un planómetro, á cuyo lado se encontraba el plan en relieve de uno de los helados montes Alpinos: la necesidad del segundo solo puede hacerse sentir en la patria de Guillermo Tell, donde la bala y la carabina han heredado la importancia de la ballesta y la flecha. Consiste en un pequeño aparato destinado á medir con exactitud las distancias que recorren las balas.

En Suiza se fabrican tambien muchos instrumentos de música, pues ha remitido á la Exposicion pianos, violines y muchas mandolinas.

Se encuentran asimismo en su coleccion de objetos algunos muebles de madera blanca perfectamente esculpidos, cueros, loza comun, toda clase de quincalleria y varios instrumentos de agricultura. Tengamos sin embargo presente que la verdadera importancia de la Suiza consiste en sus tres grandes industrias, de algodón, de seda y de relojería, en las cuales han llegado á desplegar sus habitantes tanta actividad como inteligencia.

BELLAS ARTES.

ARQUITECTURA.

En nuestro último número dimos á luz un remitido, en el que despues de transcurridos muchos dias, se impugnan las observaciones que hicimos el 21 de febrero en el artículo «Fiestas reales», sobre el monumento inventado y dirigido por los alumnos de la Escuela Especial de Arquitectura.

Hubiéramos deseado que nada se hubiese dicho en pro ni en contra de los monumentos erigidos con el laudable fin de solemnizar el natalicio de la Princesa de Asturias, y el feliz restablecimiento de S. M. la Reina. La premura con que fueron ejecutados, advertimos ya que era causa muy suficiente para desgraciar el mas acabado proyecto, uniéndose á esta fatal circunstancia el deplorable estado á que ha sido reducida la arquitectura en España, por el torrente de las ideas innovadoras.

Con buen deseo, pero sin acierto, *La Nacion* pidió los correspondientes datos á los autores de los proyectos, y agregando el citado periódico una buena suma de aplausos á las noticias que adquirió, algunas horas antes de hallarse concluidos los monumentos, publicó un artículo descriptivo y laudatorio, segun el cual todo era magnífico.

Este sistema no es, repetimos, el mas acertado, por carecer de crítica; pero es bajo otro concepto el mejor, puesto que á todos contenta. Seguimos opuesto rumbo, y sin pedir mas consejos que los de la crítica, hicimos la descripcion de los monumentos, guardando particular consideracion á los alumnos de la Escuela de Arquitectura, dignos de ella por todos aspectos. En su aplicacion y en sus bellas disposiciones fundamos la consoladora esperanza de que la arquitectura española saldrá del triste estado en que se encuentra, á pesar de los grandes obstáculos que hallarán, por el poco aprecio que á las nobles artes dispensa la dominante idea del positivismo. Confesamos que es menester mucha aficion para dedicarse á las nobles artes, porque ofrecen escaso porvenir á la juventud.

En atencion á las espuestas razones, no podiamos decir que habia sido *descabellada* la adopcion de la arquitectura griega, aun cuando así nos hubiese parecido. Los que hemos dedicado algunos años al conocimiento de las nobles artes, y al mismo tiempo hemos adquirido estudios auxiliares, entre ellos los de la dialéctica y filosofia, siempre respetamos los preceptos de la crítica. La práctica en esta clase de trabajos nos ha confirmado igualmente en la idea que abrigábamos de que el decoro y la urbanidad siempre deben presidir á las descripciones artísticas.

Por esto no ha podido menos de chocarnos, que al contestar difusamente á las breves observaciones que hicimos y á muchas que no podiamos espresar, puesto que ni por la imaginacion nos han pasado, se han empleado algunas frases consignadas, á lo que del fondo y de las formas del escrito á que aludimos se desprende, sin mala intencion, por una pluma que se ejercita por primera vez.

Repetimos que la adopcion de la arquitectura griega no es *descabellada*, y que no habiéndolo nosotros dicho ni aun indicado, no habia para qué espresarlo. La mayor parte del remitido en cuestion, se ocupa igualmente de puntos que no hemos tocado: uno de ellos es la estatuaría, de la que nada quisimos hablar, y sin embargo sale á relucir, queriendo probar sin duda el autor del remitido que era buena. Por nuestra parte respetamos su opinion, pero no participamos de ella, y respecto á la ejecucion, *quede escrito lo ya escrito* en nuestro primer artículo, advirtiendo de paso que las líneas horizontales del primer cuerpo no eran exactamente paralelas á las del segundo, por lo que este aparecia torcido, viéndole desde el salon del Prado.

Nos hicimos cargo del poco tiempo que hubo para ejecutar esta obra, y sentimos que se nos obligue á renovar ideas que el público tiene olvidadas.

Conviene el autor del remitido en nuestra asercion de que la arquitectura está recorriendo en España un período de transicion; y respecto á que al presente se citan con desden los respetables nombres de Herrera y Rodriguez, advierte inoportunamente que no lo habremos dicho por los alumnos de la Escuela Especial. Entre las observaciones que hicimos en el encabezamiento del artículo descriptivo, se hallaba esta, y por consiguiente á nadie pudo aludir.

Suponiamos, como Iriarte, que «á todos y á ninguno nuestras advertencias tocan».

Nada tiene que ver la figura cilíndrica del fuste de la columna con los cubos cilíndricos del monumento del Prado: de la manera que se han usado los empleó acertadamente Herrera en el castillo de Villaviciosa, pero en un monumento de arquitectura civil repugnan. Bueno es que se reconozca que los escudos de armas eran *cualquier cosa*, y en cuanto á que no sea conveniente escribir los nombres de los objetos que se representan, como vimos en las estatuas del arco de la villa y los citados escudos, está pasado en autoridad de cosa juzgada y consentida desde que Orbaneja dió en la manía de poner los nombres de las figuras que pintaba. Nosotros no tenemos la culpa, la tiene Orbaneja.

Es presa el remitido que el segundo cuerpo era como le describimos. Respecto al primero vea el lector si discrepamos, decíamos:

«Inmediato al referido cuartel hállase en el gran salon del Prado, frente á la fuente de Cibeles, el monumento inventado y dirigido por los estudiosos alumnos de la Escuela Especial de Arquitectura. Es de gusto griego, y consta de un embasamento que traza en su planta un dodecágono con pilastras en los ángulos, elevados sobre un zócalo que figura ser de granito cárdeno. Llenan los intercolumnios treinta y seis heraldos con sus cotas de armas de las provincias, coronando este primer cuerpo una cornisa de buenos perfiles, terminada por un antefixas, alternando con escudos de armas colocados á plomo de las pilastras.»

Hé aquí la descripcion que del mismo cuerpo hace el remitido:

«Sobre un zócalo de granito rojo se eleva un cuerpo prismático poligonal, con pilastras acusando el encuentro de sus lados, en los cuales se ven 36 heraldos con las cotas de armas de las provincias, que en union con las 12 colocadas á plomo de las pilastras, y que alternan con las antefixas que coronan este primer cuerpo, forman las 48 provincias.»

En este párrafo se hace uso del adjetivo *poligonal*, y nosotros creímos oportuno emplear el sustantivo *dodecágono*, porque precisa mas. Nosotros dijimos «elevadas sobre un zócalo que figura ser de granito cárdeno». En el remitido leemos, «sobre un zócalo de granito rojo.» Como en realidad estaba hecho de lienzo, figuraba granito.

En Madrid hay varias personas muy entendidas en heráldica, y dos de ellas han acudido á las columnas de *La España y Las Novedades*, para manifestar al público que los escudos estaban representados en todas partes con poca exactitud.

Quisiéramos que se hubiese consignado que los continuos y reyes de armas del monumento de la Puerta del Sol eran buenas esculturas; en cuanto á su colocacion no estamos conformes, pero afortunadamente lo estamos en que se diga al público la verdad.

Nunca hemos creído que Herrera hizo disparates en el Escorial, antes bien admiramos aquella obra, que tanto discrepa de las de nuestro período de transicion. Arias Montano y otros sabios dieron oportunos consejos, y por eso es tan perfecto.

Al terminar esta contestacion advertimos que varias de nuestras notabilidades políticas han escrito obras que han sido censuradas, algunas agramente, y rara vez contestan. Se aprovechan de las útiles y justas advertencias de las buenas críticas y desprecian las malas. En estos momentos sufre una censura la obra últimamente publicada por el señor marqués de Valdegamas, nuestro embajador en París, y otras anteriores pudiéramos citar de varios personajes que han sido impugnadas, y en muy pocos casos hemos visto que hayan sido contestadas. Nuestros artistas por desgracia no imitan este ejemplo.

Tarea larga hubiéramos emprendido si á todos los estremos que abraza el remitido hubiésemos de contestar; pero nos limitamos á lo meramente esencial, puesto que el escrito en cuestion comprende muchas ideas que no hemos emitido ni aun apuntado, y porque en algunos párrafos notamos empeño en probar cosas que nadie pone en duda.

AL PERIODICO DE LONDRES

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS.

Ya en otra ocasion hemos dirigido algunas palabras á nuestro colega inglés, á propósito de inexactitudes garrafales cometidas en los grabados de actualidad que ha publicado relativos á España: á las que entonces merecieron nuestra justa crítica, han sucedido muchas otras; pero las que ahora se advierten en las láminas que ha dedicado al atentado de regicidio y á los sucesos posteriores, son de tanto bulto, que no podemos pasarlas en silencio.

Por mas de una razon es de lamentar que el señor gobernador de Madrid haya creído útil prohibir la circulacion de las *Ilustraciones* francesa é inglesa, que han consignado en sus páginas, por medio de grabados, los tristes sucesos que acaban de afligir á la nacion entera; esta interdiccion, cuya utilidad no comprendemos, cuando los mismos periódicos han circulado libremente en las provincias, y cuando la prohibicion no se ha hecho estensiva á las publicaciones de Lisboa y Turin, que han estampado lo que en aquellas se condeñaba, y que no han encontrado el menor tropiezo en Madrid; esta interdiccion, decimos, no solo nos priva de que conociendo nuestros lectores de la capital los absurdos que censuramos en el periódico *The Illustrated London News*, reconozcan lo justo de nuestra crítica, sino que nos impide hasta describir el contenido de las láminas y los absurdos detalles de ellas, no sea que suframos por ello una recogida.

Únicamente nos es dado asegurar á *La Ilustracion* inglesa, que no hay un solo pormenor verdadero en sus láminas relativas al atentado de regicidio, ni en la que consagra á la solemne salida de S. M. á Atocha; si tiene en Madrid responsal al cual debiera el apunte, tenga entendido que ha abusado lastimosamente de su buena fé, que la ha puesto en ridículo; si no le tiene, necesita adquirirle, porque *La Ilustracion* inglesa no debe siempre que se ocupe de España desbarbar como si se tratara de la China. De lo contrario da márgen á que sus lectores de nuestra península sospechen que esceptuando los grabados de Londres, todos los demás son tan exactos como los de España, en cuyo caso valiera mas ahorrase el trabajo de hacerlos. Publicar un periódico de actualidad con láminas inventadas á capricho, es cosa tan fácil que no merece la pena de emprenderla; cuando no hay datos seguros es preferible dejar pasar desapercibidos los sucesos, á mentir sin perdon de Dios, para ponerse en ridículo: de esto último tienen fama los franceses, y sin embargo, ¡cuánto mas exacta es *La Ilustracion* de París siempre que se refiere á sucesos españoles! No haga el periódico *The Illustrated London News*, que la fama de inexactos que tienen los franceses pase el canal de la Mancha, y tome carta de naturaleza en un pueblo que es tenido por concienzudo en sus apreciaciones.

AGONIAS DE LA CORTE.

La fiel copia de unos papeles que llegaron á mis manos, sin saber cómo ni cuando, y que como el lector verá se reducen á una especie de historia, ó por mejor decir, á un trozo de historia de un quidam, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me va á servir de argumento y de agonía para este mi segundo opúsculo histórico-mortuorio, que copiando al pie de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así.

«Si Dios quisiera que la poca educacion que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo que con este recurso haria yo llorar, con esto que de mi vida voy á escribir.»

Perdóneme el lector si meto la hoz en miés agena para decir que así en este extravagante comienzo de historia, como en su continuacion, no he podido menos de advertir muchas veces cierta confusion y falta de lógica, que forman un contraste muy singular con la sensatez y formalidad que, segun el sosiego de su estilo, debían ser las principales prendas del que escribió lo que vamos á leer. Puede nacer esta confusion, como él parece quererlo indicar en el principio tan oscuramente, acaso de que Dios no querria que la poca educacion que recibió de sus padres, le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita, si hemos de atenernos á lo que segun parece deben ser las buenas historias.

«Yo, sigue diciendo el que bien ó mal, al fin, la cuenta, he sido siempre muy desgraciado, y nunca he merecido mi desgracia; pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido como está puesto en la razon que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es en la buena filosofia fuente de grandes bienes y de grandes males: aunque se le llamara rio, tan bien dicho estaria como fuente, y porque pará mí lo ha sido, y muy caudaloso y muy corriente y moliente, corriente de males y moliente de bienes, que todos me los ha reducido á polvo vano, por eso estoy yo así y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia, y esto basta. Grandé es la voluntad de Dios, pero no se la ve; y esto si se reflexiona es natural, porque todas las buenas prendas de Dios son invisibles, como su providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos, y por eso los busco mas en la religion, que es donde deben estar, que no en el mundo, porque ya se murió mi padre, y por eso quiero entretenerme escribiendo su muerte, que ha pasado sin ser sentida, y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba ni hacia ruido.»

«Vinimos aquí, porque aquí, como hay mucha gente, comó que es la corte, todos viven mejor que en otras partes, porque estan á la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra, porque son chicos, y otros la dan mala como la de la higuera, y otros no dan sombra ninguna, sino que arrojando rayos de viva luz hacen desaparecer toda sombra de sus reinos; pero al fin y al cabo mas calienta el sol que ellos. Es mucha confusion la de una corte, y no sabe uno lo que pensar á punto fijo. Mi padre era muy conocido en el pueblo en que antes habiamos vivido; pero aquí en Madrid nadie le llegó á conocer, ni tampoco los vecinos que vivian en la misma casa; y esto es muy raro, porque eran lo menos trece familias: es verdad que estaban todas tan encerradas, que yo tampoco llegué á conocer á nadie: puede que todos se quejaron de lo mismo. Yo me habia enamorado allá en mi pueblo antes de esto que voy contando. Lucía era hija de una pobre viuda que habia sido muger de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecia de todo corazon, cosa extraña, porque era mi padre el hombre mas dulce y mas cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucía y yo no nos conocimos por amistad de nuestros padres, nos conocimos, ó por mejor decir, la conocí yo á ella, guiado por el amor. Habia yo salido una noche de diciembre, el día 7, llevado por mi melancolía á dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que habia y debe haber aun en mi pueblo: la noche no estaba oscura, y solo una neblina cenicienta era la que hacia que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenia yo que pensar aquella noche; pero apenas me vi solo y lejos de lo que todo el día me habia estado atormentando, cuando todas las partículas abstractas de mis innumerables pensamientos se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos que á cada pensamiento le sobraban, vinieron á hacer el pensamiento mas inútil que hoy día, porque entonces pensé así, creo que puede apoderarse de un muchacho todo entero, porque no se apodera este pensamiento solo de su cabeza ó de su corazon, sino de todo él, desde los pies hasta la cabeza. El pensamiento del amor se apoderó de mí de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entonces me divertí.»

«A la verdad que me hacia mucha falta una muger. ¡Cosa mas rara! Al través de la neblina alcancé á distinguir enfrente de mí y á alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paseo, una figura blanca, seguida de una cosa negra que saliendo de ella misma, no parecia sino que á cada paso perdía de su blancura la figura aquella, y convirtiéndose en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que las sucede en el camino de la vida á las figuras mas blancas, á cada paso que dan. Me acerqué corriendo, llevado mas que nunca por mis ideas de amor; como en el espacio que tenia que atravesar di tres ó cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura, ya esta iba á entrar en una de aquellas casas; pero no entró antes de que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una muger, esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguia, y vestida de blanco, lo que me dió tanto frio en el tiempo que hacia que me rebujé con fuerza en mi capa. Luego discurrí que mejor hecho hubiera estado no abrigarme yo tanto, y ofrecerle la capa. Entró aquella muger en la casa, y yo me quedé solo y con mis ideas de amor á la puerta. El frio me hizo mudar de posicion y comencé á pasear. Hasta entonces mis pensamientos no se habian fijado en ningun objeto, y habian vagado de una parte á otra sin hallar sosiego en ninguna; pero como aquella muger vino tan á propósito á presentar á mis ojos la

mágen, sobre poco mas ó ménos, de lo que mi imaginacion andaba buscando, desde aquel momento todas mis ideas formaron en torno de ella un círculo, y cada una la pedía lo que la hacia falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedían era amor. Otras ideas tenía yo que hubieran seguramente pedido otra cosa; pero estas no entraron en corro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entonces mas jóven, y no poder pensar mas que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relacion con ella.

»Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras y me las saca enredadas, como dicen que sucede con las cerezas, aunque á decir verdad, un día que de una cesta quise robarla algunas á mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas, y por hacer el hurto con mas delicadeza, tiré solo del palito de una, y una me salió, lisa y coloradita como unos cielos. En las cosas mas pequeñitas va acostumbrándose poco á poco la suerte á ser juguetona y mala, cosa muy natural, en razon de que en eso se diferencia la suerte perra de otra porcion de suertes sin nombre de animal, de que se compone la fortuna. Sin pensar en otra cosa que en aquella muger, me quedé tan frio, que segun creo estuve allí paseándome casi toda la noche. Dormí bien, y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertía en todo un hombre.

»Era cosa de casarse, porque yo necesitaba amor y mi corazon no podia ya vivir sino unido á otro, y además para eso ha nacido el hombre; cosa muy natural en razon de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi siempre el hombre, por mas que nadie sabe cómo se las compone para hacerlo. Se lo dije á mi padre, que me preguntó con quién; y como yo no lo sabia, no me dijo ni sí ni no, ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fui á la casa donde habia entrado la noche antes aquella muger. Llamé, me abrieron y subí. El cuarto era tan bajo de techo que cuando entré, al tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado, en vez de saludar, que era esta frase, «amis intenciones son buenas; quiero casarme;» pegué con la cabeza en una viga y me hice bastante mal.—Mayor fortuna no podia entrar por las puertas de mi casa, dijo la madre de Lucia, tu padre, hijo mio, era compañero del de mi hija, y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo. Pero, hijo mio ¿dónde has conocido tú á Lucia? Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho; pero nunca he observado que nos mirases tú; vamos, está visto, los jóvenes nos la pegais como queréis á los pobres viejos.

»Yo creo que no es mas encendido el color de la grana que el que entonces salió á las mejillas de Lucia, que vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo en frente de su madre, labor que solo habia interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa, que no necesitó yo mas que verla para enamorarme verdaderamente y darme á mi mismo la enhorabuena del tino con que mi instinto me habia llevado á ciegas á encontrar mi felicidad. Saqué á la madre de Lucia de su equivocacion, y pinté como mejor pude el amor que habia concebido tan repentinamente por su hija. Esta, ni me miraba ni se daba por entendida de ninguna de las satisfactorias expresiones que su madre me dirigia.

»Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad; á los quince dias de esto, ya habia yo vencido, luchando casi á brazo partido con mi padre, y habia adquirido la pacífica y santa posesion de una muger, cosa muy natural, en razon de que habia yo hecho mas que nadie en este negocio. Me separé llorando de mi padre, que no quiso vivir con nosotros; esta separacion me causó mas dolor, que placer me habia causado mi union con la nueva familia; pero no me duró mucho la suegra, que á los ocho dias de enfermedad habia ya concluido con todos nuestros recursos, sin que por eso la faltara nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabia el apuro en que nos encontrábamos, y á todos los vecinos les hacíamos tanta gracia los dos recién casados, que no hacian conversacion de otra cosa que del trance en que nos encontrábamos, que era indudablemente una de las cosas mas notables que sucedían en la ciudad. Cada conversacion de estas tenia por resultado algun socorro, cosa muy natural, en razon de que no hay como hablar de las desgracias, para socorrerlas.

»Aquí donde yo estoy ahora, no se habla nada de nada. Entre las mugeres que en aquella desgracia nos ayudaron, lo menos encontré cuatro tan buenas como mi madre. Hay mucha gente buena en el mundo, en los sitios en que hay poca.

»Nada la faltó á mi suegra, á no ser la vida. Murió, sin que nosotros nos separásemos de su cabecera, rodeada de tres ó cuatro antiguas amigas suyas, y espiritualmente consolada por su confesor, que lo habia sido muchos años, y la queria íntimamente, como á su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente, y tanto, que hasta el obispo se interesó en su muerte, y gracias á los pasos que dió el confesor con un cura amigo suyo, gran familiar de su ilustrísima, de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna, para hacer á mi suegra un entierro bastante decente, que no hubiera la pobre disfrutado, si no hubiera sido por tantas relaciones como en medio de nuestro aislamiento y pobreza teníamos en la ciudad. Lucia lloró mucho, y estaba tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar á mí, y todavía me acuerdo de los buenos ratos que pasé llorando. Entonces volví á reunirme con mi padre.

»Ay de mí! Todas estas cosas, que por ser de mi amor he recordado, están muy lejos de ser lo que yo quiero escribir; pero es cosa muy natural que me haya distraído algo de mis penas, en razon de que todos son sentimientos, Lucia y mi padre. Era bueno, muy bueno, y mejor para mí: un poco viejo, algo alto era, pero yo bien alcanzaba á abrazarle, y en uno de estos abrazos le hice consentir en venirse conmigo á Madrid. Lucia se alegró infinito de esta determinacion; y aunque á nadie le importe que nosotros viniéramos contentos, á mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con mas alegría, como es muy natural en razon de que yo era quien le traía.»

Y aquí, benévolo lector, interrumpo esta copia, porque, puesto que esta, aunque no interesante, verdadera historia, no ha de poder ser copiada en un sólo número de este periódico, bueno será que me aproveche como quiera de su contesto, para cerrar un capítulo cuando mejor me pareciera,

confiando como confío en tu buen gusto, tolerante lector, para que si has de formar mal juicio de lo que te voy copiando, aguardes por lo menos á que la historia concluida, se encuentre en estado de ser toda ella condenada por mayor y de un solo ríffrafe de tu respetable mal humor, que Dios bendiga, para diversion tuya y entretenimiento de los escritores maleantes.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Tomás Moore, poeta inglés.

Tomás Moore ha muerto en su residencia de Sloperton-Cottage, junto á Devices. Hacia algunos años que el ilustre poeta no vivía ya mas que con la existencia física; y á la manera que en Sir Walter Scott y Southey, el cuerpo habia sobrevivido al talento.

Nació el 28 de mayo de 1780, en la calle de Angier de Dublin, donde su padre, ferviente católico romano, dirigía una tienda de especiería y de licores. Segun dicen, el jóven Moore cuando niño llamaba la atencion por su belleza; pero la juventud y la edad viril no cumplieron las promesas de la infancia. Era de estatura baja, con una fisonomía espresiva, pero poco feliz, que no obstante se animaba de un modo sorprendente cuando tomaba parte en una conversacion acalorada ó cuando cantaba sus baladas. Se educó en Dublin, adquiriendo precozmente cierta reputacion en los teatros de sociedad; y, aunque alumno del colegio de la Trinidad, no pudo obtener en él niugun grado por su cualidad de católico; pero sin embargo se distinguió en él, y una poesía inglesa que presentó en un certámen, en vez de la composicion latina ordinaria, le valió un premio extraordinario, que consistia en el *Viaje de Anacharsis*.

Quando estalló la última rebelion irlandesa en 1798, el futuro poeta se inclinaba naturalmente á la parte de los Emmetts y de los O' Connor; pero sus escritos políticos en prosa y verso, algo violentos, como su hermana observaba, no proporcionaron sin embargo cuestion alguna con la justicia al jóven y entusiasta campeón de la independencia irlandesa. No obstante, no era solo la política la que inspiraba su musa: á los catorce años de edad publicó varias poesías en una revista de Dublin, y poco tiempo despues compuso para un teatro de sociedad, piezas semi-poéticas y semi-burlescas.

Quando llegó á la edad de veinte años, renunciando para siempre á las opiniones republicanas, Moore se trasladó á Londres para estudiar la jurisprudencia, y publicar su célebre traducción, ó mas bien su *Paráfrasis de Anacreonte*. Como fácilmente se colegirá, cultivaba con mayor asiduidad á los autores griegos que á los juriconsultos, y el permiso que obtuvo por medio del crédito de lord Moira, de dedicar su obra al príncipe-regente, sirvió para introducirle en la sociedad mas elevada. La *Paráfrasis de Anacreonte* tuvo un grande éxito, y fué seguida en 1801 de los *Poemas y Cantos de Tomás Little*.

El regente era aficionado á la poesía, y protegía á los poetas; así fué que Moore, nombrado escribano del consejo del almirantazgo de las islas Bermudas, partió para trasladarse á su destino, instaló en él un delegado que ejerciera sus funciones, luego pasó á visitar los Estados-Unidos, y regresó á Inglaterra; Entonces fué cuando publicó sus *Bosques de viaje y de la sociedad de la otra parte del Atlántico*, obra satírica, en verso heroico, escrita con vigor, pero de escasa inteligencia bajo el punto de vista político. Poco tiempo despues, un artículo muy duro de la *Revista de Edimburgo*, á propósito de una nueva edición de los *Cantos de Tomás Little*, fué la causa del famoso desafío de Tomás Moore y de Jeffrey, en Hampstead; desafío en el cual el famoso crítico escocés, que ha llegado despues á ser lord Jeffrey, dió pruebas de singular sangre fria, como lo atestigua lord Byron. El negocio concluyó por arreglarse, gracias á la mediacion de Rogers; en su casa fué donde Moore conoció poco tiempo despues á Byron y Campbell: ocioso nos parece recordar la íntima amistad que unió posteriormente á Byron y Moore. En esta época fué cuando casó con miss Dike, muger de sumo juicio y de carácter dulce, y tan bella como amable; habiendo experimentado Moore el dolor de sobrevivir á todos los hijos que tuvo de este matrimonio.

Moore publicó luego algunas sátiras políticas que no tuvieron grande éxito. El tiro *Penny Post Bag* (el saco de cartas de la pequeña posta) tuvo, por el contrario un suceso enorme, y ha permanecido siendo muy popular, pues es una sátira llena de alegría locuaz. Una parodia, *La media azul*, que hizo representar poco tiempo despues en el teatro del Lyceum, fué silbada.

Luego siguieron las *Melodías irlandesas*, la mas popular tal vez de las obras de Moore. En 1812 le ocurrió la idea de escribir un poema sobre un asunto indiano, y Mr. Pery, propietario del *Morning Chronicle*, lo llevó á casa de los señores Longman, que se comprometieron á pagar por el manuscrito la suma de 3,000 guineas (78,750 francos); pero Moore no ha llegado á escribir un solo verso de este poema. Entonces se retiró á Mayfield Cottage, paraje casi desierto del condado de Derby, de donde despues de tres años de retiro y de trabajo volvió á aparecer en el mundo para publicar *Lalla Roolch*. El éxito de este poema fué inmenso, y llevó á su apogeo la gloria del autor.

Despues de un viaje al continente, Moore escribió su ingeniosa y popular novela satírica en verso, *Fudge Family*. Al año siguiente encontró en Italia á lord Byron, y entonces fué cuando el autor de *Childe-Harold* confió á su cuidado la publicacion de sus memorias. Moore las vendió al librero Muray por la suma de 2,000 guineas (52,500 francos); pero como sin duda no se habrá olvidado, sobrevinieron dificultades sensibles, y á consecuencia de ellas Moore devolvió las guineas y recobró é inutilizó el manuscrito. Algunos apuros de dinero, motivados en gran parte por la infidelidad de su apoderado en las islas Bermudas, obligaron en esta época á Moore á refugiarse durante algun tiempo en París, donde se vió festejado por la sociedad, que le complacia en extremo; y allí fué donde compuso sus *Amores de los ángeles*, poema de que se habla aun alguna vez en el día, pero que en general se lee muy poco.

En 1825, Moore pasó algun tiempo en casa de Walter Scott, en Abbotsford; y una noche fueron juntos al teatro de Edimburgo. Su entrada llamó poco la atencion del público, porque esta se hallaba absorbida exclusivamente por la presencia de la duquesa de Saint-Albans, la célebre actriz miss Mellon; pero cuando se les reconoció, recibieron una acogida que ha dejado tan profundos recuerdos en Tomás Moore, que se ha complacido en recordarla en el prefacio de una de sus obras.

En esta época fué cuando Moore se encaminó á establecerse, gracias á su antiguo y noble amigo el marqués de Lansdowne, en Sloperton-Cottage, en donde pasó el resto de su vida y ha exhalado el último suspiro; y asimismo fué allí donde comenzó á ocuparse de trabajos biográficos, escribiendo sucesivamente las *Memorias de lord Edward Fitzgerald*, de *lord Byron* y de *Sheridan*. El año anterior habia publicado su primer obra en prosa, *El capitán Rock*, cuadro amargo y apasionado del gobierno de Irlanda por la Inglaterra, curioso ejemplo de la violencia á que se dejan llevar todos los irlandeses, aun los mas moderados, como Tomás Moore, cuando hablan de su país. Luego publicó los *Viajes de un caballero irlandés en busca de una religion*, obra en la cual trata de probar que las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica datan de los primeros tiempos del Cristianismo. La última obra en prosa de Tomás Moore, y la que mas lectores ha tenido, es el *Epicúreo*; y sin embargo es probable que su buen éxito no sea de aquellos que se sostengan ante la posteridad.

Paz sea dada al poeta. Su vida ha sido dilatada, agradable y feliz. Su genio poético no procedía de una inspiracion profunda y llena de conviccion: escribía libros sobre los agravios de Irlanda, y aceptaba destinos de la Inglaterra. Universalmente solicitado y festejado en el mundo; estaba sobre todo en su elemento cuando se hallaba en casa de los grandes señores de la aristocracia whig.

Su carácter era el de agrador, entretener y escitar á los demás, para que estos se lo retribuiesen entreteniéndole y escitándole á su vez.

Afortunado en casi todas sus empresas literarias; considerado como un hombre de los mas brillantes en la conversacion, á la par de gran poeta; célebre como cantor y como autor de sus baladas; pocos hombres, en una palabra, han tenido una existencia tan completamente en armonia con sus deseos y sus gustos como Tomás Moore.

UNA MUGER COMO HAY MUCHAS.

NOVELA ORIGINAL

DE VICENTE RODRIGUEZ VÁRO.

(Conclusion.)

Otros dias la encontraba bordando, y sentándome á su lado, me complacia en contemplar la perfeccion y blancura de su mano, y la gracia y ligereza con que se deslizaba la aguja entre sus dedos ágiles y flexibles: ella entonces me rogaba que leyese algunos trozos escogidos de Espronceda, y juntos nos entusiasmábamos, apreciando en su justo valor los divinos versos de aquel bardo inmortal. Algunas veces, cediendo á las instancias del baron, me quedaba á comer con ellos, y todo el día era para mí una serie no interrumpida de dulces satisfacciones y delicados placeres.

Recuerdo una escena, que bastará á darte idea del grado de intimidad á que habíamos llegado.

Cierta mañana, al hacerles mi visita acostumbrada, encontré á Cecilia bordando, mientras que su padre, tendido sobre un sofá, se entretenía al parecer con la lectura de varios periódicos que le enviaban de Madrid. Al verme tiró el baron precipitadamente el papel que tenia en la mano, y sin cambiar de postura, y con su habitual buen humor, me dijo:

—Hola, señor pintor, bien venido. ¿Sabes que tengo una queja muy grave contra tí?

—Espero que V. me la manifieste, contesté saludando, pues de otro modo, desconociendo mi culpa, mal podré tomar mi defensa.

—Defenderte! facilillo es eso! Por muy buen abogado que seas, nada conseguirás, pues tu falta pertenece á esa clase de delitos, que hacen inútiles las mejores defensas.

—Sin embargo, respondí sonriendo, contando con la benignidad que á V. distingue, espero merecer pronto la absolucion de mi pecado.

—No creas ablandarme con adulaciones, dijo el baron riéndose, soy un juez incorruptible. Oye tu culpa. Hace doce dias que te manifesté, cuando veníamos en el vapor, mis deseos de que licieras el retrato de mi hija. ¿Tan mal concepto te merecemos, para que así te olvides de satisfacer un capricho que tan poco puede costarte?

—Como V. no ha vuelto á hablarme de ello, contesté con acento ligeramente conmovido, creí, ó que era un capricho pasajero, ó que su hija de V., no conforme con que yo la retratara, le habia disuadido de su idea, impidiéndole que volviera á recordármela.

—Y por qué razon? dijo Cecilia, distrayéndose de su labor, y fijando en mí sus hermosos ojos: ¿por qué razon y con qué fundamento habia de oponerme á los deseos de mi padre? Y aparte de esto, ¿en qué se apoya V. para suponer que me ofenderia por una cosa que además de ser en sí tan inocente, todos encuentran en ella motivos de complacencia?

—Creí, señorita, repuse con el tono mas cortés, que V. tal vez convencida de mi impericia, temeria con sobrada razon ver ajada su belleza en el traslado que de ella hiciese.

—Pues no me supone V. poco orgullosa! dijo la jóven riéndose; agradezco infinito su galanteria, tanto mas, cuanto que para dirigírmela se ha echado V. por tierra de una manera que causa compasion. Ahora le ruego á V. encarecidamente que desde mañana empiece mi retrato, y para desvanecer los escrúpulos que V. alimenta, bastará con que le diga, que fundada en la rica imaginacion que posee, y en el talento que le distingue, he formado una idea muy alta de su habilidad en el arte que cultiva.



Vestal velada.

donado el bastidor, y tambien estaba de pié detras de su padre, contemplando el retrato. Inmóvil y silenciosa, yo la veia sin embargo conmovida, y adivinaba como por instinto los dulces sentimientos que en aquel instante la agitaban.

—No sabeis, hijos míos, continuó el baron, el placer que me habeis causado con esta sorpresa!...

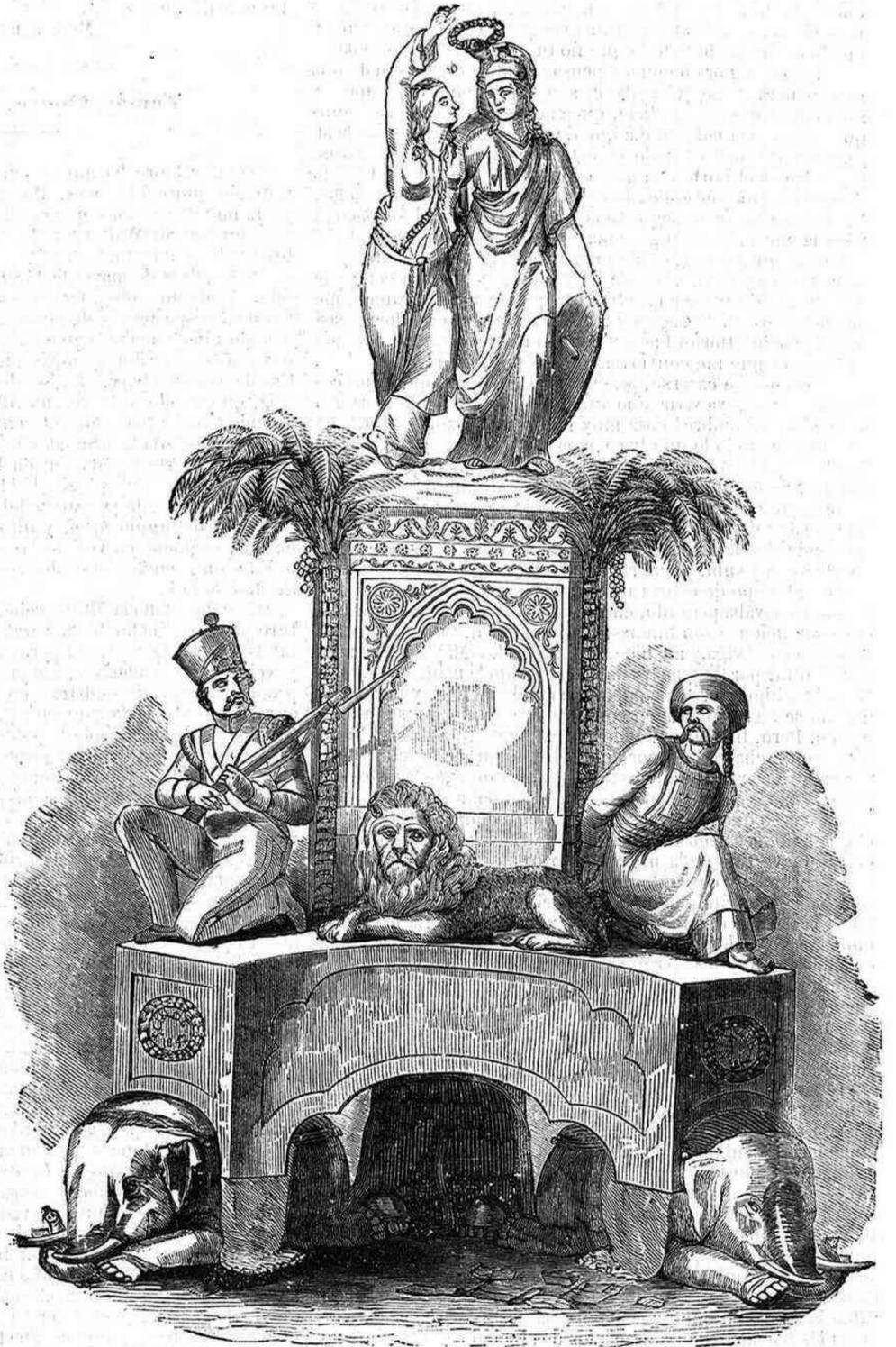
—A mí no se urija V., le interrumpió la jóven, nada he sabido hasta ahora, y me he sorprendido quizá tanto como V.

—No lo comprendo entonces. Siempre he creido que para hacer el retrato de una persona, era preciso que se hallase presente.

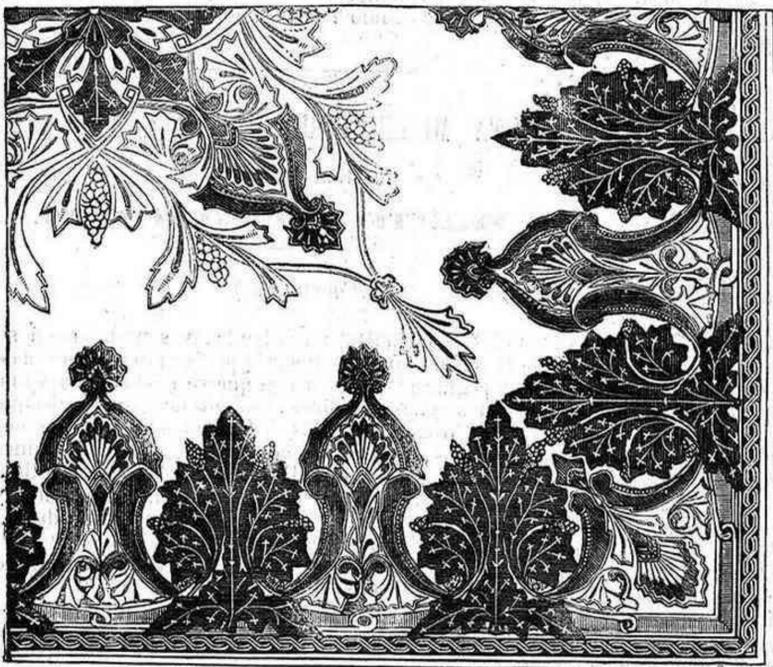
—No lo estrañe V., contesté al baron; la fisonomía de esa señorita es de aquellas que con verlas una vez jamás se olvidan, pudiendo siempre que queremos reproducirlas fielmente. No hacemos otra cosa mas que copiarla bella imagen que se ha quedado grabada en nuestra fantasia.

—Sea como quiera, continuó el anciano, yo conservaré siempre este retrato, no solo porque es el de mi hija, sino tambien porque al verle me acordaré de tí. Es un recuerdo que me dejas.

Siguió despues de esto una larga



Monumento en conmemoracion de los duques de Ellenborough.



Mantel de damasco.

—Ya que son VV. tan indulgentes, dije acentuando con lentitud, y mirando tímidamente al baron, que con la sonrisa en los labios nos habia estado escuchando; ya que son VV. tan indulgentes, me atreveré á suplicarles que acepten este pequeño obsequio.

Y sacando del pecho un grueso medallon primorosamente trabajado, me levanté con cierta turbacion, no sabiendo á cuál de los dos debia ofrecerlo. El baron entonces alzándose rápidamente, me lo arrebató de entre las manos, y no pudo contener un grito de sorpresa, cuando al detenerse á examinarle, se encontraron sus miradas con el retrato de Cecilia.

—Oh! sí; murmuraba contemplándole; es mi hija... ¡y cuán perfecta está!... cualquiera la reconoceria á la primera ojeada...

Y luego volviéndose hacia mí:

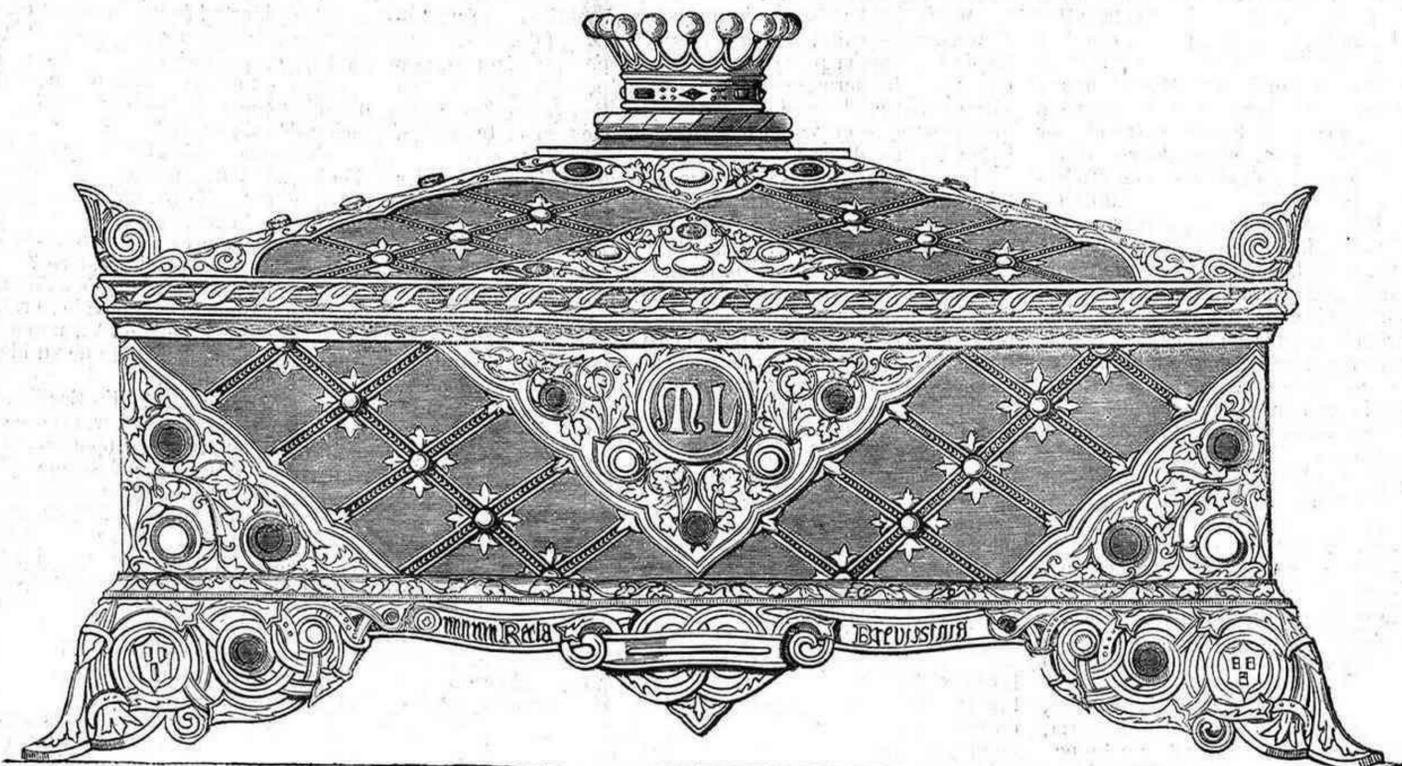
—Te doy, dijo, las mas tiernas gracias; ahora conozco que estás verdaderamente apasionado. Solo un amante pudiera semejar con tanta verdad la gracia y la belleza del ser que adora.

Cecilia habia aban-

conversacion llena de interés y de sencilla franqueza, en la que apenas podia disimular la satisfaccion que sentia.

Yo, sin embargo, veia con cierto terror aproximarse el término de la época de los baños. Los vapores conducian

diariamente multitud de personas que regresaban ansiosas al seno de sus familias, y Cádiz volvia á ser otra vez la ciudad silenciosa; volvia á quedar sepultada en el silencio de la tristeza.



Cofrecillo por M. Morel.

Ya sé que debe marcharse, pensaba entre mí queriendo destruir con halagüeñas reflexiones el presentimiento terrible que me atormentaba; sé que debe marcharse, pero nada será bastante para impedirme que la siga hasta el cabo del mundo. Ella no se opondrá á que la acompañe, porque me ama. Oh sí! me ama... estoy seguro de ello. El baron tambien se mostrará contento. Es para conmigo tan tierno y cariñoso como un padre, y creo que despues que me conozca mas, despues que vea lo ardiente que es mi pasion, me concederá la mano de Cecilia. ¡Dios de bondad, haced que mis votos se cumplan, haced que goce de esa felicidad que tanto ambiciono!

Un dia... su recuerdo siempre estará presente en mi memoria, era el 5 de setiembre.



La jóven con el aro.

Acababa de hacer mi visita acostumbrada á Cecilia, y aunque esta se habia mostrado conmigo blanda y amorosa, mi corazon, presa de un extraño desasosiego, parecia como que adivinaba lo que iba á suceder. Paseando precipitadamente de un extremo á otro de mi habitacion, en vano llamaba mi mente las imágenes seductoras que otras veces la habian complacido.

Unos ligeros golpes que sonaron en la puerta me causaron un vivo estremecimiento. Hay circunstancias en la vida del hombre, en las que hallándose el alma predispuesta para el dolor, cree encontrar en las causas mas triviales, en los

ecos mas leves, la realizacion de las desgracias que antes presintiera.

Grande fué mi turbacion al ver entrar á la criada de Cecilia. El rostro de la jóven, continuamente animado por una sonrisa maliciosa, que contribuia á darle cierto aire picaresco, estaba en aquellos instantes cubierto de ese vivo carmin que produce el cansancio.

—¿Cómo es eso, la pregunté al verla, tú sabias que yo habitaba en esta fonda?

—Oh! no señor, contestó ella, pero ahora lo sé, y por cierto que este descubrimiento me ha costado buen trabajo.

—Te ruego que nada digas á tus señores: ellos creen que estoy viviendo en casa de un amigo, y no quiero me encuentren en una mentira.

—Nada tema V. La señorita me habia dado una carta para que al salir V. se la entregase...

—Y esa carta?... la interrumpí con vehemencia.

—Se me olvidó dársela á V., y cuando recordé ya se encontraba en la calle. Temiendo entonces que me riñese, todo lo abandoné para echar á correr en su seguimiento; pero V. caminaba á tanta distancia de mí, que por mas que lo he procurado, no me ha sido posible alcanzarle. Bien es verdad que V. no andaba, sino que corria, y gracias que no le perdí de vista. Al fin me tranquilicé cuando le vi á V. entrar aquí, pues estaba segura ya de poder cumplir con mi encargo. Esta es la carta.

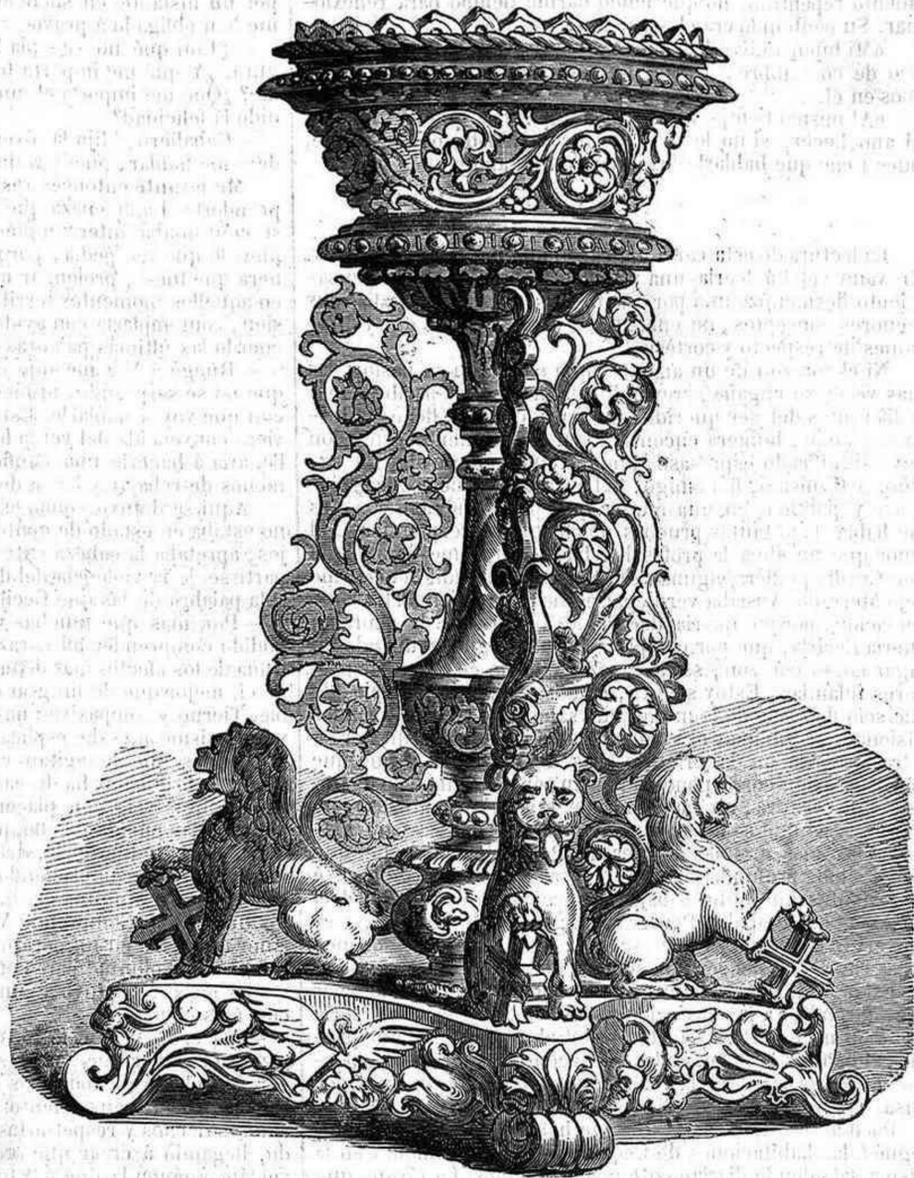
—¿Y no sabes tú lo que contiene? dije con tono balbuciente, dando vueltas al papel que me habia entregado.

—¿Cómo quiere V. que lo sepa? ¿Acaso no viene cerrada? —Es verdad. Puedes retirarte, pero te vuelvo á encargar que no digas que vivo en una fonda.

—Páselo V. bien, y no tema; sé muy bien el modo de guardar un secreto.

—Pero haciendo tan poco tiempo, repuse deteniéndola, que acabo de separarme de tu señora, no sé por qué no me ha dicho cuanto ha tenido por conveniente; así se hubiera aborrido el trabajo de escribirme, trabajo siempre incómodo para las mugeres.

Con el pretexto de la conversacion queria retardar el mo-



Jarron para flores.

mento de abrir la carta, al mismo tiempo deseaba enterarme repentinamente de su contenido. Mi espíritu batallaba entre el temor y el deseo, se hallaba en uno de aquellos instantes fáciles de concebir é imposibles de explicar.

—Es que hay cosas, dijo la jóven con ademán gracioso, que no se pueden decir delante de un padre.

—Basta. Puedes retirarte.

Por un capricho raro la observacion de la jóven me habia disgustado; me ofendia la idea de que alguno pudiera suponer que Cecilia tuviera secretos para con su padre.

Quedé solo, é inmediatamente abrí la carta con un movi-



Prometeo encadenado, escultura en marfil.

miento repentino, no queriendo darme tiempo para reflexionar. Su contenido era el siguiente:

«Mi buen amigo: Ruego á V. que no vaya esta tarde al paseo de costumbre, porque no será fácil que nos encontremos en él.

»Al mismo tiempo me atrevo á suplicarle que hoy mismo, al anochecer, si no le sirve de incomodidad, pase á verme, pues tiene que hablarle con precisión su amiga

CECILIA.»

La lectura de esta carta me causó una impresión dolorosa. En vano volví á leerla una y mil veces, en vano mi pensamiento desmenuzó una por una todas sus frases, y analizó sus menores conceptos, no encontraba otra cosa mas que expresiones de respeto y cortesía.

Ni el corazón de un amante, que ciego con su pasión, las mas veces se engaña, creyendo adivinar en las palabras mas indiferentes del ser querido, un sentido oculto lleno de ternura y amor, hubiera encontrado en ella la menor expresión cuyo significado espresase aunque remotamente algo de cariño. A tí mismo, fiel amigo, te habrá extrañado ese lenguaje grave y político, en una muger que pocos momentos antes me había dado tantas pruebas de afecto, correspondiendo al amor que mi alma la profesaba. La idea que me dominó de que Cecilia pudiera alguna vez mirarme con indiferencia, me dejó aterrado. Ansiaba ver llegar el momento de nuestra conversación, porque quería decirle lo mucho que la adoraba; quería decirle, que por complacerla, por seguir ocupando un lugar en su corazón, sería capaz hasta de cometer las mayores infamias. Estoy seguro, como te dije al principio, de que solo depende de la muger que sabe inspirar esas grandes pasiones, el sublimar al hombre hasta la altura de un héroe, ó trasformarle en la criatura mas despreciable. Aquel que mire su pasión correspondida por un ser bello, modelo de pureza y de ternura, no hay duda de que será venturoso, no hay duda de que se creará con fuerzas suficientes para acometer las mas grandes empresas. ¡Pero infeliz de aquel que sienta amor profundo por una de esas mugeres orgullosas é inconstantes que cubren bajo la hermosura de un ángel el alma mas corrompida! Perderá la dignidad de hombre, y se convertirá en un miserable esclavo, sujeto siempre á los menores caprichos del ser que se goza en atormentarle.

Estas reflexiones se me ocurrieron, pues sin saber por qué, abrigaba ya la convicción íntima de que Cecilia no sería digna de mi amor. Hay gritos en el alma que en vano procura ahogarlos la razón: ellos se hacen oír sobre todo, porque son el eco fiel de la voz del ser Omnipotente, que nos avisa.

Poco antes de la hora que me había fijado en su carta, llegué á las habitaciones de Cecilia, siendo introducido en la misma sala donde diariamente nos reuníamos. La jóven, que ya me esperaba, me hizo tomar asiento á su lado. Yo estaba vivamente conmovido, porque sabía que de aquella conversación iba á depender mi felicidad futura.

—Doy á V. gracias por su puntualidad, me dijo Cecilia con la sonrisa mas seductora y el tono mas amable del mundo:

—Yo soy, la contesté respetuosamente, queriendo seguir el mismo sistema de fria política que ella había usado conmigo, yo soy quien debe mostrarse agradecido por el honor que V. me ha hecho dignándose llamarme.

—Sí; he querido aprovechar este momento en que mi padre no está en casa, para hablar á V. de una cosa que me interesa.

—La escucho á V.

—Antes permítame V. que le dirija una pregunta. ¿Sigue V. amándose tan de veras como al principio?

Y las miradas de la jóven se clavaron sobre mí, como queriendo adivinar en mi semblante el efecto que me causaban sus palabras. Mi corazón se encontraba tan agitado, que el observador menos hábil hubiera podido á cierta distancia contar sus pulsaciones.

—¿Y por qué motivo, la pregunté con timidez, había de renunciar á un amor que forma la delicia de mi vida?

—Eso nada tiene de extraño, dijo la jóven afectando un aire de volubilidad tan marcada, que me sorprendió extraordinariamente. Raros son los amores de hoy día que llegan á tener un mes de duración.

—No concibo, señora, que existan afectos que puedan apagarse de una manera tan repentina. Los amores verdaderos jamás mueren.

—Sería muy halagüeño lo que V. dice, si fuera una verdad.

—¿V. cree?...

—Siento, me interrumpió Cecilia, tener una opinión tan diferente de la de V. Creo en lo que estoy viendo á cada instante, en lo que sucede en el mundo, en lo que yo misma voy sintiendo con respecto á V. Esos amores que solo concluyen cuando acaba la vida, no son una verdad sino en las novelas.

—¿Segun eso, exclamé arrebatado levantándome del asiento, V. quiere darme á entender que nuestros amores han concluido... que ya no me ama?...

—Sosiéguese V. y escúcheme...

—Basta, señora, la interrumpí con violencia. No busque rodeos inútiles y dígame de una vez que solo ha querido burlarse de mí. ¡Desdichado, exclamé cayendo sin fuerzas sobre el sillón; bien mi corazón me decía que V. no era digna del culto que la tributaba!

—Caballero, dijo Cecilia con la majestad y desden de una reina, V. olvida con quién habla. Soy una muger y me insulta.

—Perdon, perdon, exclamé derramando un torrente de lágrimas y echándome á sus pies: por lo que mas adora V., por la memoria de su madre, le ruego que no arranque de mi alma las dulces ilusiones que la embellecen! Si no me ama V., ocúltemelo, y siga alimentando la llama de mi pasión, aun cuando sea con absurdas esperanzas. No puedo suponer á V. tan cruel para que quiera darme la muerte: mas espantosa. Oh! piedad, Cecilia, piedad!

Aquella muger, querido amigo, tenía un corazón mas desgraciado de lo que se puede imaginar. Ni mi llanto ni mis ardientes súplicas lograron alcanzar de ella una sola palabra de consuelo ni una mirada compasiva.

—Alcese V., me dijo despues de haberme contemplado

por un instante en silencio, ácese V. y oiga las causas que me han obligado á provocar esta conversación.

—¿Con qué no se apiada V. de mí? repuse con amargura. ¿Y qué me importa todo lo que tenga V. que decirme? ¿Qué me importa el mundo entero despues de haber perdido la felicidad?

—Caballero, dijo la jóven con autoridad, si V. no ha de dejarme hablar, puede retirarse.

Me levanté entonces resignado y tomé asiento. Vas á sorprenderte. La amenaza que me había dirigido de despedirme si continuaba interrumpiéndola, me lleno de temor. Hice pues lo que me pedía, porque anhelaba, de cualquiera manera que fuese, prolongar nuestra entrevista. Quería, hasta en aquellos momentos terribles, tal era la violencia de mi pasión, contemplarla con avidez, y guardar como un grato recuerdo las últimas palabras que me dirigiera.

—Ruego á V., me dijo despues de verme mas sosegado, que no se sorprenda, ni menos se incomode de la sinceridad con que voy á hablarle. Está V. seguro de que si no estuviera convencida del verdadero cariño que me profesa, jamás llegaría á hacerle una confidencia semejante, que no puede menos de rebajar y hasta de herir mi orgullo de muger.

Aquí se detuvo como esperando una respuesta. Ay! yo no estaba en estado de contestar. Con los ojos tenazmente fijados, apretaba la cabeza entre mis manos, creyendo que iba á partirse de la violencia del dolor. Sin embargo no perdí una sola palabra de las que Cecilia me dirigía. Ella continuó así:

—Por mas que muchas veces lo he procurado, jamás he podido comprender mi corazón. Encierra una mezcla tan extraña de los afectos mas diversos, que con razón puede decirse de él, mejor que de ningún otro, que es un abismo insondable. Tierno y compasivo unas veces, otras inclemente y esquivo, él mismo no sabe explicarse la causa de esas transiciones repentinas que le agitan constantemente. Veleidoso como ninguno, lo que hoy ha deseado con ansia, mañana lo desdena; lo que antes veía con placer, ahora lo mira con rencor. Sin poderse dar cuenta de ello, pasa con una celeridad prodigiosa del afán á la indiferencia, del deseo á la embriaguez, del arrebatado al hastío, complaciéndose en recorrer súbitamente, sin gradación de ninguna clase, toda la escala de los sentimientos humanos. ¿Comprende V. ahora lo difícil que es fijar un amor duradero en un corazón como este, por mucho que se esfuerce la voluntad para conseguirlo?

La jóven se detuvo algunos instantes, prosiguiendo luego con mas calma.

—No crea V. que le he engañado. El día en que V. me confesó el amor que por mí sentía, tuve un momento de placer. Me olvidé de todos los amantes que había tenido anteriormente; mi pensamiento se recreó con la idea de unos amores tiernos y respetuosos, felicidad que jamás había gozado, llegando á creer que ardía en mi pecho una pasión tan volcánica como la que á V. le abrasaba. Me engañé. Lo que sentía era solamente esa satisfacción que acompaña siempre á la muger cuando ha logrado poner á sus pies á cualquier hombre, obligándole á declarar un amor que guardaba en lo mas íntimo de su alma con el mas profundo respeto. Lo que sentía tambien, era el mismo pasajero capricho que me había hecho aceptar tantas veces los obsequios y galanterías de una multitud de adoradores.

—Señora, V. me asesina! exclamé con el acento de la desesperación.

—Oiga V., continuó ella con voz agitada. Hasta hoy no he llegado á convencerme de que mi amor era una mentira. Esta mañana me dijo mi padre que, considerando el afecto que nos profesábamos, trataba de unirnos. Este proyecto me espantó. La idea de perder para siempre mi libertad, de no poder en adelante oír sin ser culpable las adulaciones y lisonjas de mil jóvenes, dando celos á otras mugeres, me hizo volver en mí para oponerme á un enlace que, aunque me llenaría de honor, no se avenía de ningún modo con las ideas que profeso. Nada contesté á mi padre, pero he querido ver á V. para decirle que rechazé abiertamente mi mano, pues de lo contrario voy á ser infeliz, y va V. mismo á hacerse desgraciado. Ya ve V. que le hablo con el corazón. No he querido emplear otro lenguaje con un hombre que encierra en su pecho un corazón tan noble y tan apasionado.

—Sea V. feliz, señora, dije levantándome y con acento solemne; y haga el cielo que cuando esté V. gozando de las delicias de un mundo que tanto ama, no vaya á alterar por un instante la tranquilidad de su alma el recuerdo de mi muerte.

Cecilia me miró con aire de asombro. En seguida dijo con acento ligeramente burlón:

—¿Habla V. de suicidarse? Todos los hombres en circunstancias análogas dicen lo mismo. Sin embargo, ninguno lo ejecuta.

Luego añadió sonriéndose:

—Ningun amor puede existir tan grande y vehemente como el que profesaba Amaury á la bella Magdalena, y mire V. cómo halló una Luisa que le consolase de la muerte de su amante. V. que vive independiente y goza de una buena fortuna, es fácil que encuentre una muger mas hermosa que yo y menos esquiva. Visite V. la Italia, donde verá jóvenes bellas, de rostro moreno y miradas ardientes, capaces de inspirar pasiones á un alma de hielo. O bien si le gusta á V. mas el tipo de una belleza aérea y vaporosa, haga un viaje á la Gran Bretaña. No lo dude V.; encontrará mil mugeres encantadoras que á porfía se disputarán la gloria de hacerle olvidar una pasión desgraciada.

—Jamás hubiera podido suponer á V. tan cruel, exclamé con voz desgarradora, para que añadiera la burla á los tormentos que me hace sufrir. Adios, señora.

Cecilia entonces con aire compasivo me detuvo diciéndome: —Pasado mañana partimos para Sevilla: si V. gusta puede acompañarnos, en la inteligencia de que siempre encontrará en mí una amiga fiel y sincera.

—Y para qué, señora? exclamé tristemente, ¿para qué he de volverme á presentar á su padre de V? ¿Qué le he de decir cuando me ofrezca la mano de su hija?

—Oh! caballero, replicó la jóven conmovida; Dios no puede formar un alma tan noble como la de V. No dude que su memoria será siempre para mí el mas grato de los recuerdos.

Yo no tuve fuerzas para añadir una palabra. Saludé ligeramente, y me encami é hacia la puerta, con esa calma terrible que es el último grado de la desesperación.

IV.

Eran en vano, tierno amigo, todos los esfuerzos que yo hacia para olvidar á Cecilia. En balde mi pensamiento me retrataba con los mas vivos colores su negra perfidia, en vano luchaba con todas las fuerzas de una voluntad decidida para arrancar de mi pecho una pasión tan profunda. Ay! aquel amor formaba una parte de mi vida, y era imposible despojar-me de él, sin arrancarme primero la existencia! La escena que te acabo de referir había aumentado, si posible era que en algo se aumentase, la intensidad de mi amor. ¡Tan cierto es que los mas grandes inconvenientes hacen revivir con mas energía la llama de los pasiones!

¡Cuántas mugeres de esas que se pasean orgullosas por el teatro del mundo serán culpables tal vez de los crímenes mas odiosos, sin que vengan á turbar las sonrisas de tranquila inocencia que brillan en sus labios, ni una lágrima del corazón, ni un remordimiento de la conciencia! ¿Pues no es acaso un crimen el asesinato de un corazón? ¿No es quizá mas culpable el ser que nos sume en la desesperación, que el asesino que nos quita la vida? Este mata de un solo golpe, pero el otro prolonga nuestra agonía bárbaramente: ahogando la fé del corazón, destruye nuestras ideas de ventura, seca nuestras mas ricas ilusiones, y arranca, en fin, la esperanza de la felicidad, que es la vida de nuestra alma.

Y estoy seguro de que esas mugeres cuentan con vanagloria el catálogo de los amantes que han sacrificado á sus caprichos. Maldición sobre ellas, y maldición sobre una sociedad que en vez de escupirlas las aplaude, midiendo los grados de su hermosura por el número de sus víctimas! Por eso ellas se muestran tan orgullosas, porque conformándose con las ideas del mundo, cada uno de los corazones que mueren á impulsos de sus veleidades, es una nueva flor que se añade á su corona de triunfos.

Cediendo á un deseo ardiente é irresistible que mi alma había concebido, quise ver á Cecilia por la vez postrera. Ay! en este instante me avergüenzo de mi debilidad, y creo que será difícil hallar sobre la tierra un hombre como yo, tan cobarde y tan poco firme en sus resoluciones.

Habiéndome dicho ella cuál era el día de su partida, pude tomar con anticipación todas mis precauciones, sin temor de equivocarme. Deseaba verla, y al mismo tiempo no me atrevía á ponerme en su presencia, temiendo á su padre. Recurrí pues al medio que me pareció mas fácil y seguro para conseguir lo que anhelaba. Mandé colocar una pequeña lancha al pié de la escalera del muelle, por donde bajan precisamente todos los que se embarcan, para que ocultándose en ella bajo el toldo que cubre la parte de popa, pudiese con toda seguridad observar sin ser visto lo que á mi alrededor pasara.

Una hora antes de la prefijada para la salida del vapor, ya me encontraba en mi puesto con el afán que te puedes imaginar. A pesar de estar convencido de que era casi imposible que me descubriesen, mi pecho abrigaba esa desconfianza que jamás consigue desear el hombre que tiene por qué temer.

Al fin vi satisfechos los únicos deseos que entonces alimentaba. El baron y Cecilia salieron por la puerta de la ciudad encaminándose lentamente hacia el paraje en donde yo me encontraba.

Jamás, tierno amigo, jamás, como no lo veas, podrás tener una idea aproximada de la gracia y hermosura de aquella muger. Al contemplarla tan bella, al considerar que iba á perderla para siempre, y que otro, tal vez mas dichoso, disfrutaría de sus caricias, fué un acceso de vértigo lo que me acometió. Todo mi ser se estremecía violentamente con un movimiento convulsivo, y nada veían mis ojos por mas que los fijaba con tenacidad en el mismo sitio por donde Cecilia había aparecido.

Recobréme al fin, y juzga de mi quebranto cuando al tender mis miradas por todas partes no descubríeron al objeto de mi amor. Me levanté desesperado, importándome poco que me reconociesen, y en un instante abarqué con mis ojos la vasta llanura de aquel Océano inmenso que se extendía delante de mí. El cielo no me había negado el último consuelo que le pedía. Divisé á lo lejos un frágil botecillo que hendía presuroso las espumosas aguas. Ay! mi corazón adivinó bien presto que en él se alejaba el ser que le era tan querido. Con afán irresistible seguí anhelante á la débil embarcación, y todavía logré distinguir el sombrero color de rosa que llevaba puesto la jóven. Luego, cuando se hallaba próxima á desaparecer de mi vista, fijé sobre ella una de esas miradas de despedida, en las que toda nuestra alma se reconcentra, y que son la mas fiel expresión de los sentimientos que nos agitan. Despues nada vi. Inmóvil y silencioso permanecía en el mismo lugar, recorriendo con mi vista el rumbo que la embarcación había llevado. Adios! murmuré al fin, derramando amargas lágrimas; y ciego y arrebatado, daba á los vientos tiernos suspiros de amor, para que se los llevasen por despedida. ¡Podrás creer tanta pasión en un hombre tan indignamente burlado!

Nada me detiene en esta ciudad, pensaba entre mí, retirándome lentamente; nada me detiene, y sin embargo no me atrevo á partir. No quiero hacerla creer que trato de perseguirla, que quiero vuelva á amarme: no, sea ella dichosa, y no tema que mi presencia vaya á alterar su felicidad, recordándole mi desgracia y su perfidia.

Al llegar á mi habitación me entregaron una carta, que segun me dijeron había sido llevada por la misma jóven que algunos dias antes estuvo á buscarme. La abrí con un placer inesplicable, creyendo que Cecilia me concedía siquiera alguna esperanza. Ay! bien pronto miré destruida la dulce y última ilusión que había formado. La carta era del baron, y estaba concebida en estos términos:

«Ingrato: Cecilia me ha explicado todo cuanto ha pasado entre vosotros. Me ha enseñado la carta que la dirigiste renunciando á su amor y á mi amistad. Y yo que pensaba unirte con ella! Pobre Cecilia! ella sigue adorándote, cuando tú la has ultrajado! Si no fueras el hijo de un amigo á quien debo la vida, iría á buscarte para vengar la burla que me has hecho: ¿Pues qué, así se finge un amor verdadero, para despues renunciar á él haciendo que una muger sea desgraciada? Adios, Carlos. No creas que te conservo rencor alguno, por mas que hayas arrebatado para siempre la tranquilidad del cora-

zon de mi hija. Adios. Siempre rogará al cielo por tu ventura, el

BARON DE GRANJA-NUOVA.

Permaneci absorbido por mucho tiempo, considerando toda la infamia de aquella muger. Habia fingido una carta mia para desconceptuarme con el baron; habia empleado todos los medios posibles para hacerme aparecer como el unico culpable. ¿Quién sabe, pensaba yo, todo lo que habrá dicho de mí? Pero, ay! todavia la adoro con delirio, y solo una cosa me importa en el mundo, la pérdida de su amor.

Poco tiempo despues, tierno amigo, empezó nuestra amistad, y te aseguro que á no haber sido por tí, no sé la resolucion desesperada que hubiera tomado para calmar mis dolores. Siempre juntos, tú me hacias soportar con valor el peso de la existencia, ayudándome á separar de mi mente las terribles ideas que la combatian. Por eso he querido referirte mi historia, pues solo así he pensado que podria pagar el tributo de veneracion que merece una amistad como la tuya.

Paso en silencio todo el tiempo que estuvimos reunidos, porque tú sabes tan bien como yo las menores circunstancias de aquella parte de mi vida. Juntos recorrimos todos los dias los sitios mas apartados de los alrededores de la ciudad, gozándonos en la contemplacion de aquel Océano majestuoso, imponente, y aterrador hasta en su mansedumbre. En aquellos momentos, tus palabras tenian para mí tal encanto, que distrayéndome de mis ideas lúgubres, calmaban la violencia de mis tormentos.

Pero parece que la fatalidad se ensañaba conmigo. No sé por qué razon tuviste que ausentarte. Ay! es indecible el sentimiento que me causó tu partida, pues aunque solamente nos habiamos tratado algunos veinte dias, puedo asegurarte que ya te profesaba el cariño de un hermano. Habia encontrado en tí un corazon noble y sensible, capaz de comprender y hasta de consolar los dolores que me atormentaban.

Entonces, cuando volví á encontrarme abandonado al rigor de mis pesares, creí encontrar algun consuelo con poder contemplar alguna vez á Cecilia.

Gen efecto, dos dias despues de tu marcha salí para Sevilla, mas consolado con la esperanza de ver, aun cuando fuera por un instante, á la muger que mi alma adoraba.

V.

Así que llegué á Sevilla concebí la idea de formar un cuaderno, para apuntar en él ligeramente, dia por dia, todas las reflexiones que me ocurrieran, todos los actos que realizara. Quise llevar á cabo este proyecto, porque encontrándome en la ocasion mas crítica de mi vida, queria meditar maduramente la marcha que debiera seguir. La parte mas importante de este diario, es, pues, la que te remito, persuadido de que así te enterarás, mejor que con lo que yo pudiera decirte, de los últimos sucesos de mi existencia.

Dia 1 de octubre.

Me he sorprendido de no encontrar en Sevilla el bullicio y la animacion de otras veces. Por todas partes reina el silencio de la tumba, y en los rostros de las pocas personas que transitan por la ciudad, creo encontrar impresas las señales del mas hondo abatimiento. No sé si será así verdaderamente, ó si solo por un efecto del humor sombrío que me domina, los objetos se me presentan bajo la forma mas repugnante.

He vuelto á la misma casa de huéspedes donde antes he vivido, y algunas personas de las que me conocieron, se han asombrado de las terribles huellas que en tan pocos dias ha estampado el dolor sobre mi frente. Unos dicen que he perdido mi fortuna en el juego; otros que me he entregado á los vicios mas detestables; pero ninguno se atreve á suponer que solo el amor haya causado tan fieros estragos. Almas ruines, no conocen otras pasiones mas que aquellas que cubren de vergüenza y de oprobio; aquellas que la sociedad castiga considerándolas como crímenes.

Dia 3 á las once de la noche.

Despues de tres dias de incesantes investigaciones, he conseguido hoy descubrir el paradero de la muger que amo. Ignoro lo que debo hacer; pero me encuentro mas tranquilo desde que he sabido con certeza que Cecilia se encuentra en esta ciudad. ¡Dios poderoso, sois conmigo muy cruel! ¿Por qué no sofocais en mi pecho la llama de una pasion que me devora? ¿Por qué no apartais de mi alma la imagen de una muger indigna de los sentimientos que sabe inspirar?

Dia 7.

Queriendo encontrar una persona con quien poder hablar de mi amor, he buscado con afan las ocasiones de ver á la criada de Cecilia. Esta infeliz muger, dotada de un corazon blando y compasivo, se ha conmovido vivamente hasta derramar lágrimas, al oír la relacion que le he hecho de la causa de mis pesares. Jamás ella hubiera creído tanta crueldad en su señora. Me ha prometido venir á verme con frecuencia, y le he encargado que nada diga del encuentro que ha tenido conmigo.

Dia 8.

No sé por qué sigue mi pecho alimentando un amor sin esperanza. A veces me creo feliz, solamente porque respiro el mismo aire que ella. Creo que voy á volverme loco. Mi cabeza se arde, y paso horas enteras en un completo desvarío.

Dia 9.

Laura ha venido á verme esta mañana. La he tenido dos horas á mi lado, hablándola sin cesar de Cecilia. La pobre jóven no se atreve á decirme que su señora se ha olvidado de que existo, que ni una vez siquiera sus labios han pronunciado mi nombre. Me ha suplicado que escriba una carta para Cecilia: ella se encarga de entregársela y de pedirla que se apiade de mis tormentos. ¡Qué corazon tan bello el de esta muger! ¿Por qué Dios no ha de formar así todos los corazones?

Dia 11.

Cediendo á las súplicas de Laura, voy á escribir á Cecilia. ¿Quién sabe? Quizá ella se apiade de mis dolores. Ay! en la carta que la voy á dirigir fundo mi última esperanza.

Dia 13.

Laura ha vuelto hoy á verme, y se ha llevado la carta que debe entregar á su señora. ¡Con cuánta impaciencia espero la contestacion! ¿De cuán poco depende nuestra felicidad!

¡Una sola palabra de una muger puede hacernos venturosos ó desgraciados! En la carta que la he remitido le digo lo siguiente:

«Señora: No he podido cumplir el juramento que hice de no alterar el sosiego de V. con los recuerdos de mi desgracia. ¡Perdon! La adoro á V. tanto, que á pesar de la crueldad que ha mostrado conmigo, mi corazon se deleita constantemente con la memoria de nuestros amores. Solo le pido á V. por compasion que no aleje de mi alma la única esperanza que la sostiene, de poder algun dia, á fuerza de amor y constancia, vencer el desvío con que V. mira el tierno afecto que la profeso. Considere V. que yo no puedo apagar en mi pecho la llama de este amor. Un amor que es el aliento de mi corazon, la vida de mi ser, no puede extinguirse sin que acabe mi existencia. Una palabra, una sola palabra de consuelo, y de rodillas bendeciré eternamente el dulce nombre de V.»

¡Haced, Dios clemente, que esa muger se torne compasiva, ó arrancadme la existencia!

Dia 16.

Maldicion! Dios es cruel, cuando en este instante no lanza sobre mí el rayo de su cólera, cuando me hace soportar con la vida los tormentos de una desesperacion que horroriza.

Laura ha estado á verme, y me ha suplicado vertiendo lágrimas que no la abandone. Al mismo tiempo de entregarle la contestacion á mi carta, le dijo Cecilia que quedaba despedida. Será grande el odio que me profesa esa muger, cuando solo por hallarse inclinada á mi favor, se priva de una criada fiel, que la ha servido largos años?

La respuesta que me ha dado Cecilia, es digna en un todo de los sentimientos que oculta su alma.

«Caballero: La importunidad es el defecto que mas odio me causa. V. siempre tan romántico, quiere continuar en su papel de Djalma, cuando yo no me hallo dispuesta á representar el de una Cardoville.»

Muger infame! ¿Como consiente Dios que se escondan sentimientos tan ruines bajo la máscara de la hermosura y la candidez? Desgraciado! ¡Ya no hay consuelo para mí sobre la tierra!

Dia 17.

¡Perdon, Dios mio, perdon! He creído que vos me habiais inspirado la idea del suicidio, compadecido al fin de mis dolores. ¡Blasfemia espantosa!... Un ser de bondad infinita no puede inspirar jamás proyectos criminales.

Dia 19.

He reflexionado acerca del suicidio, con el mismo detenimiento y la misma sangre fria que pudiera emplear un matemático al buscar el medio mas fácil y seguro de la solucion de un problema. Mi determinacion está tomada: quiero matarme. Desde que me he fijado en este pensamiento, los latidos de mi corazon han vuelto á recobrar su energia. He asistido, lo que no habia hecho hasta aquí, á ciertas diversiones, y me he mostrado sereno y tranquilo, si bien con ese aire de indiferencia, ó mejor, de desprecio, que es propio del hombre que nada teme, ni nada espera del mundo.

La imagen de la muerte se me ha presentado con tan halagüenos colores, que no he dejado un instante de recordarla con placer. Ella, en efecto, me promete el alivio de mis tormentos, la paz de mi corazon, y una felicidad, en fin, que debe durar siempre, puesto que se funda en el silencio de las pasiones y en el olvido de lo pasado. Hasta creo, en el afán que me domina, que la esperanza de morir es la mas bella de todas.

Dios, que lee en el fondo de los corazones, estoy seguro de que disculpará la accion que medito. El no puede querer que yo viva en una angustia continua, y que en mi horrible desesperacion cometa los actos mas execrables, al encontrarme solo en el mundo, y al ver á la muger que he amado en brazos de otro hombre. Dios no puede castigarme, porque no puede ser injusto. Conozco que soy cobarde, pero no criminal. Cobarde, sí; no tengo la fortaleza suficiente para soportar una vida de incesantes martirios.

1.º de noviembre.

Nada tengo ya que hacer. He estado escribiendo en estos dias la historia de mis desgraciados amores, con el fin de remitírsela al solo amigo que tengo en el mundo, á la única persona que ha sabido comprender mi corazon. Tambien he querido hacer feliz á esa pobre Laura, dejándola todo cuanto poseo: ella se ha quedado desamparada por mi causa, y es muy justo que yo premie el noble interés con que me ha servido. Ahora me siento dichoso, pues dejo al fin sobre la tierra una muger que bendiga mi memoria y un amigo que derrame lágrimas sobre mi tumba.

Dia 2 á las diez de la noche.

Mañana mismo voy á romper los lazos que me unen al mundo. Me he detenido mucho tiempo en la preparacion de las armas que han de acabar con mi existencia, porque he deseado prolongar todo lo posible la dulce sensacion que experimentaba mi alma en aquel momento. Con un placer inefable he dado mi último adiós á la vida. ¡Dichoso yo, que vuelvo á gozar para siempre de las dulces caricias de unos padres que me adoraban!

He escrito una carta de despedida para mi amigo, y con ella le acompaño la historia de mi vida. No puedo hacer otra cosa mayor en agradecimiento de su amistad, que dedicarle mi último pensamiento.

En este instante no puede encerrar mi corazon otro sentimiento que el de la piedad, ni deben mis labios pronunciar una palabra que no sea la de olvido. A la muger que ha secado todas mis ilusiones, que ha destruido todas mis esperanzas y deseos, yo la perdono. Quizá no es tan culpable como la he creído. Acostumbrada á los usos del mundo, habrá pensado tal vez que el renunciar á un amor para dar cabida á otro, es un hecho insignificante y de ninguna consecuencia. Por eso ruego á mi amigo, que si alguna vez la casualidad los hace encontrarse, no altere la paz de su conciencia, pronunciando mi nombre.

Estas eran las últimas palabras del cuaderno. Pocos dias despues leí en un periódico lo siguiente:

«Parece que la fatalidad se complace en privar á la España de todos aquellos hombres que pudieran volverla á su antiguo esplendor. Nada hay mas doloroso, pero sin embar-

go, nada hay mas cierto. Apenas empieza un jóven á dar señales del genio que Dios le ha inspirado, apenas alimentamos la esperanza de lo que podrá ser despues que por medio del estudio hayan adquirido mas desarrollo sus ideas; mas perfeccion sus concepciones, cuando súbitamente la muerte nos le arrebatada, destruyendo las ilusiones que habiamos formado. Decimos esto con motivo del suicidio del jóven pintor D. Carlos de Rojas, artista cuyo mérito ha tenido ocasion de apreciar mas de una vez el ilustrado público de esta ciudad. Ayer al entrar en su habitacion le encontraron recostado en un sofá, en el estado mas doloroso y repugnante. Tenia la cabeza tan horriblemente destrozada, y habia sido tan grande la violencia del tiro, que apenas han podido encontrarse algunos pequeños restos de la parte del cráneo. A sus piés estaba caída la pistola con que habia realizado su culpable designio.

«Todas las personas que conocian al jóven pintor, suponen como única causa del crimen que ha cometido, una tenaz monomania que hacia ya tiempo le dominaba. Con efecto, no debe creerse otra cosa, porque siendo el hastío del mundo ó los tormentos de la desesperacion, las causas que generalmente conducen al suicidio, no es posible que sintiera ninguna de estas dos influencias, un hombre que gozando de una buena fortuna y de una excelente reputacion, no podia encontrar la mas ligera mancha en el inmenso horizonte de su porvenir.»

Higiene moral.

«Ha pagado un amigo con negra ingratitud; tienes un pariente insensible á tus aflicciones; sufres mil injusticias... La ira fermenta en tu corazon contra los que así te ofenden, y buscas, no hay duda, los medios de vengarte. Pero si llegan á decirte cuando mas colérico estas:—Tu enemigo ha muerto,—tu odio se disipará como el humo en presencia de la tumba; tendrás vergüenza de aborrecer, y tu alma se abrirá á la piedad.

Piensa en esto siempre que desees vengarte. Todos los hombres estan sentenciados, y solo esperan la llegada del verdugo. ¿Por qué hemos de aborrecer íntimamente á los que no se detienen en el mundo? ¿Por qué hemos de manifestar ese furor contra un ser que hoy tiene vida y mañana será cadáver?

Cuando veas á tu enemigo y empiece á hervir tu sangre, pronuncia estas palabras:

Ese hombre, á quien detesto, lleva el germen de su propia destruccion; es un muerto que pasa delante de mí.

La generosidad de tu alma se despertará, se calmará tu ira, y el pensamiento de ese infinito, hácia el cual caminamos todos, apartará tu corazon de las fugitivas pasiones de la vida.

El gran Trianon.

Habiendo manifestado Luis XIV deseos de comprar una casa de recreo para el duque de Orleans, el cardenal Mazario no eligió en su pensamiento la de un fuerte rentista, situada en Saint-Cloud, de una estension inmensa y al mismo tiempo magnífica. Aquella casa habia costado un millon. Mazario fué á verla y dijo á su propietario: Apuesto á que os ha salido en un millon y doscientas mil libras. ¡Bah, monseñor! contestó el rentista, que no queria descubrir la cifra de su riqueza; me cuesta mucho menos. Es decir, repuso el ministro, unas ochocientas mil libras. Menos todavia. ¡Qué diablo! seiscientas mil. Menos, menos. Vaya pues; trescientas mil. En efecto, monseñor, en esa suma poco mas ó menos se ha calculado, dijo el propietario, que creia haber engañado á Mazarino. Este se sonrió, mudó de conversacion, y al dia siguiente hizo entregar al rentista trescientas mil libras, poniendo en su noticia que el rey deseaba adquirir su casa para el duque de Orleans. El rentista, haciendo de tripas corazon, firmó el contrato de venta y cedió al rey su casa por la tercera parte de lo que valia.

Lepantre, Mansard, Girard y Lenotre convirtieron aquella casa en la magnífica residencia real de Trianon. La famosa caída de aguas artificiales forma dos cascadas: la mas alta tiene ciento ocho piés de elevacion.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

VESTAL VELADA.

Es una estatua de mármol, que representa á una Vesta presentando una ofrenda de flores, y que ha llamado mucho la atencion de los inteligentes. La dificultad que habia que vencer consistia en dejar ver, bajo un velo de mármol, la expresion tranquila y angélica de esa jóven, guardadora de la castidad y de la pureza. El señor Monti, de Milan, ha seguido las huellas del célebre Bartolini, de Florencia, que dividia con Canova el cetro de la estatuaría. En un túmulo erigido para la familia Demidoff, agrupó Bertolini algunas figuras, que recuerdan la actitud de esta Vestal.

MANTEL DE DAMASCO.

Ya hemos hablado de M. Beveridge y de sus hermosas obras de lino adamascado, que tanta boga han obtenido: parece que en los Estados Unidos se consume mucho esta clase de productos. El procedimiento á la Jaguar es el único que puede dar á las materias empleadas la finura y perfeccion convenientes. Esta mantelería es riquísima: sus dibujos son tan complicados y difíciles, y los artistas que deben ejecutarlos tan raros, que por un solo dibujo se han pagado cien libras esterlinas.

En la Exposicion se veian dos manteles: uno de ellos representaba á Psichis y Cupido, el otro á San Jorge con el dragon á sus piés, y las figuras de San Andrés y San Patricio.

Es tan múltiple esta industria en los elementos que la constituyen, que la mecánica, la agricultura y el dibujo forman su base. El cultivo del lino, el estudio de los buenos modelos y la invencion de los dibujantes, contribuyen á su perfeccion.

MONUMENTO EN CONMEMORACION DE LOS DUQUES DE ELLENBOROUGH.

La concepcion de este monumento lleva el sello de una osadia artistica tan grande, que la sátira ha llegado á mor-

der la ejecucion con su envenenado diente, de modo que, á pesar de las contestaciones de los periódicos ingleses, esta obra maestra solo ha merecido la calificación de ridícula. Su objeto es perpetuar el recuerdo de los altos hechos del duque de Ellenborough, y ha sido encargada por los descendientes del héroe inglés.

COFRECILLO POR M. MOREL.

La muestra que presentamos de este artista no desmerece de sus demás obras: es uno de los artistas mas acreditados, y ha espuesto en Londres copas de ágata esmaltadas de muchísimo mérito.

Hoy presentamos el grabado de un cofrecillo ricamente trabajado y de un gusto perfecto, destinado á contener el manuscrito de la *Vida de Washington* por Guizot.

Puede leerse en su parte inferior la divisa adoptada por este hombre de Estado: *Linea recta brevissima.*

LA JÓVEN CON EL ARO.

Esta preciosa escultura presenta admirablemente su verdadero carácter, y en caso necesario pudiera pasar sin explicacion. Es una jóven que llega á ese período transitorio de la edad, en que el pensamiento sorprende á la niña entre sus juguetes: su mirada reflexiva y melancólica, su lánguida cabeza, sus cabellos que flotan en desórden sobre el cuello y las espaldas, todo revela en ella la edad llamada dichosa, aunque en realidad está llena de vagas inquietudes, de esperanzas confusas y de temores inexplicables: edad laberintica, en que la jóven no es niña ni muger.

La mencionada obra es inglesa: el artista que la ha ejecutado nació en Londres y se llama Weecks. Hay en ella algo mas que un pensamiento moral; su autor ha querido crear un género, á fin de enlazar la pintura con la escultura, y por eso ha dado á su trabajo la apariencia de un retrato en mármol.



Servicio para té.

SERVICIO PARA TÉ.

Las obras de plata de monsieur Wegwood son preciosísimas, y el servicio de té, cuyo grabado ofrecemos, ha obtenido inmensos elogios en el Palacio de Cristal. Todas las piezas estan trabajadas con una finura y delicadeza esquisitas; su figura es de muy buen gusto, y los pormenores de los dibujos y adornos revelan el mérito de un verdadero artista.

LA NINFA IO Y BACO

Es un grupo de gran mérito, en el cual no se sabe qué admirar mas, si el dibujo, la concepcion del pensamiento, ó la perfeccion del trabajo. Las bellísimas formas de la Ninfa, la malicia con que presenta al dios de las viñas un racimo de uvas, el anhelo con que Baco pretende apoderarse de estas, todo esta retratado con un gusto, con una delicadeza y esmero esquisitos.

Todos los que han visitado la Esposicion se han detenido delante de esta magnífica obra.

LA ASTRONOMÍA.

Esta estatua es de muchísimo mérito por la perfeccion con que está ejecutada, pero no puede compararse con la de la Jóven y el aro, que hoy tambien publicamos. Hay menos expresion en el rostro, y no son tan puros los lineamientos en toda la figura.

EL CAZADOR Y EL PERRO.

Hé aquí un grupo de una severidad verdaderamente antigua: el artista ha rechazado esas vestiduras empleadas por otros, mas bien para ocultar su insuficiencia que para velar la desnudez de sus figuras. Todos los músculos se presentan aquí con atrevimiento. El rostro del hombre espresa la emocion del cazador á la vista de la presa que aguarda. El perro, con sus pelos erizados, su boca abierta y sus ojos centellantes, es una obra maestra, llena de movimiento y vida.



La ninfa Io y Baco.

JARRON PARA FLORES.

Cuando en otro tiempo cantaban los poetas los campos y las flores, como símbolos de la sencillez, no dudaban de que habia de llegar un dia en que estos objetos solo llegarían á ser patrimonio de la riqueza, y darian lugar á creaciones brillantes, tanto por el lujo como por el arte.

El jarron de flores cuyo grabado ofrecemos hoy, puede precisar el término del camino recorrido por los amantes de Flora, desde la época en que las flores mas brillantes solo contaban cajones de madera, ó esos tiestos groseros de barro cocido, que todavia adornan muchos balcones.

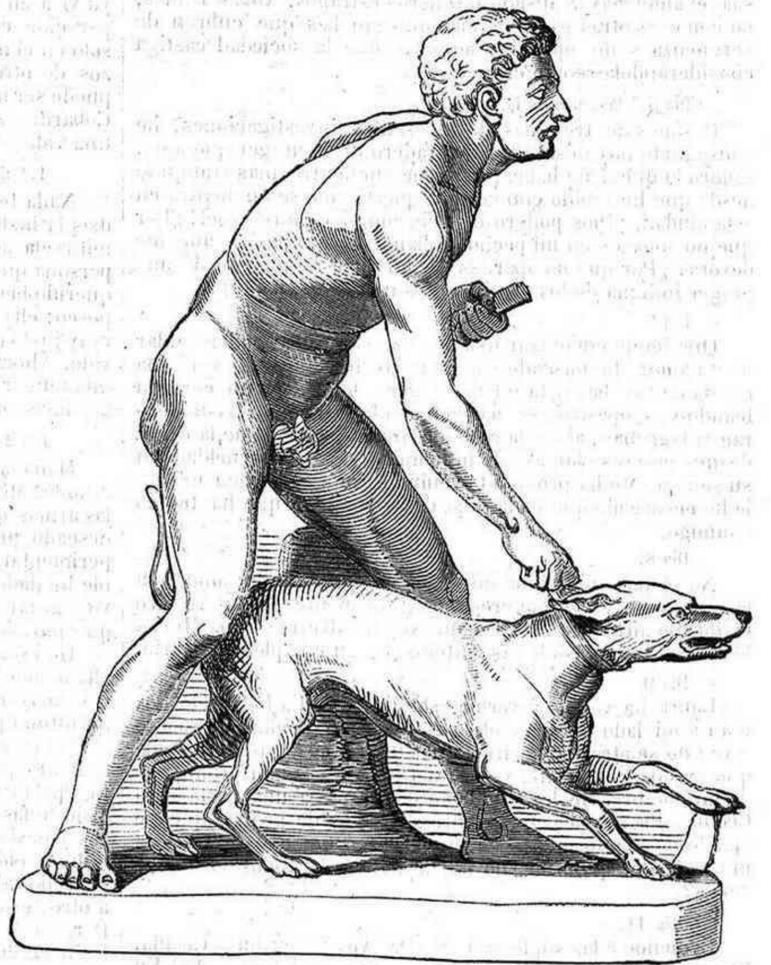
A pesar de esto, no podemos menos de criticar el género de adornos que el artista ha escogido para embellecer el jarron que da lugar á nuestras reflexiones. No era necesaria tanta profusion y pesadez en un mueble que va á sostener una comparacion diaria con las mas preciosas producciones de la naturaleza: tampoco se necesitaban esos leones feroces, que tan mal se hermanan con esa creacion suave y pura llamada flor. ¿Será esta una reminiscencia mitológica? Nada tendria de extraño, supuesto que nos representan á la rubia Ceres sobre un carro tirado por tigres.

PROMETEO ENCADENADO, ESCULTURA EN MÁRMOL.

Este grupo, hábilmente esculpido, ha sido el objeto mas notable de la Esposicion portuguesa. Sin llegar á la perfeccion que se observa en las obras de su vecina la España, se distingue no obstante en este arte de una manera indudable. Un trabuco con cinceladuras en acero, recamado de oro, debido á un fabricante de la misma nacion, ha sido tambien objeto de grandes y merecidos encomios.



La Astronomía.



El cazador y el perro.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.